

E. SALGARI
UN DRAMA EN EL
OCÉANO PACÍFICO

TOMO I.

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A. MADRID.

BIBLIOTECA CALLEJA

(SERIE POPULAR)

Dentro de esta colección encontrará el lector todos los estilos de novelas. Para facilitar la elección con arreglo a las preferencias de cada cual, las dividiremos en los grupos siguientes:

NOVELAS DE EMOCIÓN Y MISTERIO

La sensación de algo extraordinario que ejerce un influjo sobre los acontecimientos de la vida común y a veces determina catástrofes u ocasiona extravíos, ha producido, en la literatura moderna, una serie de obras palpitantes de interés a las que pueden servir de modelo ciertas narraciones de Edgardo Poe, y en general, todos los libros comprendidos en esta sección. Los estudios científicos llevados al terreno del arte han infundido nuevo interés a la novela, viniendo a sustituir en cierto modo a lo maravilloso de que echaban mano los escritores antiguos.

BELOT

El secreto terrible.

DAVIDSON

El misterio de la calle de Harley.

ENNE ET DELISLE

Aventureros del crimen.

FÉVAL

El lunar rojo.

El fantasma.

El juego de la muerte.

El capitán Mazurka.

El último superviviente.

La cosaca.

H DE SAINT AUBIN

La heredera de Piragus.

NOIR

La reina de los gitanos.

POË

Narraciones extraordinarias

POTHEY

Malambó.

READE

Aventuras de Elena Rolleston.

TOUDOUZE

Las pesadillas.

VIALON

El hombre del perro mudo.

WILKIE COLLINS

La muerta viva.

Sigue BIBLIOTECA CALLEJA (Serie popular).

NOVELAS DE COSTUMBRES

Costumbristas han sido los más grandes novelistas de todas las literaturas. El novelista escribe, en torno a las figuras creadas por su imaginación, la historia íntima y cotidiana de su propia época, moviéndose en sus ideas y en sus sentimientos, palpitando con sus entusiasmos y con sus odios, concretando sus aspiraciones y sus ideales. Todas las tendencias, todas las maneras tienen lugar a propósito en este marco vastísimo. Los lectores encontrarán en los tomos indicados a continuación materia para todos los gustos, desde la narración humorística hasta los más penetrantes estudios de carácter; y en todos ellos una lectura ejemplar.

ABOUT

El hombre de la oreja rota.
Treinta y cuarenta.

Germana.

La novela de un hombre honrado.

El rey de las montañas.

El marido imprevisto.

Las vacaciones de la condesa.

El marqués de Lanrose.

ASSOLLANT

Dos amigos en 1792.

El doctor Judassohn.

AUTRÁN

O témporal! O mores!

BARBEY D'AUREVILLY

La virgen viuda.

BERNARD

La piel del león.

BOUVIER

Colette o la Cayenita.

CANIVET

Hijo del mar.

CARDONA

El primo.

CIURANA

El debut de un juez.

CHAMPOL

Las que vuelven

La hermana Alejandrina.

CHERBULIEZ

Miss Rovel.

El Conde Kostia.

DAUDET

Tartarin de Tarascón.

DAVIDSON

Dorina.

La mujer de Rómulo Wisart.

El precio de una vida.

DICKENS

El hilo de oro.

El eco de la tormenta.

Oliverio Twist.

Sigue BIBLIOTECA CALLEJA (Serie popular).

- DICKENS**
Premio y castigo.
David Copperfield (tres tomos).
- ENAULT**
Rolando.
Historia de una conciencia
- FRONTAURA**
El hijo del sacristán (dos tomos).
- G. GONZALEZ Y RODRÍGUEZ**
Memorias de un Ministro.
- H. DE SAINT-AUBIN**
El cura de aldea.
- MAËL**
La gaviota.
Caridad.
Soledad.
Pedro de Trémour.
Siempre tuya.
Las que saben amar.
Lo que puede la mujer.
- MARTÍNEZ ZUBIRÍA**
Alegre.
- MEROUVEL**
El Bazar de San Germán.
- MIE D'AGHONNE**
El niño abandonado.
- MUSSET**
Una vida del diablo.
- OPALE**
La princesa Helga.
- P. LEBRUN**
Un tío a pedir de boca.
El simpático Cascarrabias
- POLO Y PEYROLÓN**
Alma y vidu serranas.
- PONT-JEST**
De princesa a modelo.
- PRADELS**
Agencia matrimonial.
- R. DE RAHAVANEZ**
Pasiones.
- SAINT PIERRE**
Pablo y Virginia.
- SIENKIEWICZ**
La familia Polaniecki (dos tomos).
- SILVESTRE**
Rosa de Mayo.
- SOCÍAS**
Celia.
- SOUVESTRE**
Memorial de familia.
El mendigo de San Roque.
— Un filósofo en una guardilla.
El pastor de hombres.
El rey del mundo (tres tomos).
La gota de agua.
- TONY RÉVILLON**
El proscrito.
- VAST-RICOUARD**
Conflicto entre dos amores.

Ver la continuación de este catálogo al final del tomo.

Carmen R.
1990

CBV / G-25

EMILIO SALGARI

UN DRAMA EN EL
OCÉANO PACÍFICO

TOMO PRIMERO



DONACION DE

Carmen R.

Barr-Villaverde

Reg. ED. 31.416 (CBV)

BIBLIOTECA
DE EDUCACION

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

UN DRAMA EN EL
OCEANO PACIFICO

PROPIEDAD
DERECHOS
RESERVADOS

Imp. de José Cruz Pizarro, 10.—Madrid.

UN DRAMA EN EL OCÉANO PACÍFICO

CAPÍTULO PRIMERO

ASESINATO MISTERIOSO

—¡ Socorro !

—¡ Mil bombas ! ¿ Quién ha caído al agua.

—Nadie, señor Collin—respondió una voz desde la cofa del palo de mesana.

—¿ Estoy yo sordo, acaso ?

—Habrá sido el timón, que tiene las cadenas enmohecidas.

—No es posible, gaviero.

—Entonces habrán sido los tigres, que rugen de un modo capaz de asustar a cualquiera.

—No ; te repito que era una voz humana.

—Pues yo no veo nada, señor Collin.

—De esto estoy seguro. Sería preciso tener ojos de gato para distinguir algo en esta obscuridad.

Al través del ensordecedor ruido de la tempestad y de los mugidos de las olas, que el viento elevaba a gran altura, se oyó nuevamente un grito que no parecía proceder ni de las fieras de que había hablado el gaviero, ni de los hierros del timón. El segundo Collin, que estaba agarrado a la barra del timón, teniendo los ojos fijos en la brújula, se volvió por segunda vez, diciendo:

—Alguien ha caído al mar. ¿No has oído un grito, Jack?

—No—contestó el gaviero.

—¡Pues esta vez no me he engañado!

—Si se hubiera caído algún hombre de la «Nueva Georgia», los que están de cuarto se hubieran dado cuenta en seguida de la desgracia.

—¿Entonces?...

—¿Habrá algún pez de nueva especie por estas aguas?

—No conozco ningún pez del Océano Pacífico que pueda lanzar un grito semejante.

—¿Será un náufrago?

UN DRAMA EN EL OCEANO

—¿Un naufrago aquí, a doscientas leguas de Nueva Zelanda? ¿Has visto tú por aquí algún buque antes de que se pusiera el Sol?

—Ninguno, señor—respondió el gaviero.

—¡ Socorro !

—¡ Por mil diablos !—exclamó el segundo mordiéndose los largos y rojizos bigotes que adornaban su rostro, bronceado por los vientos del mar y los calores ecuatoriales—. Un hombre sigue a nuestro buque.

—Sí, es verdad, señor Collin. Yo también he oído el grito.

—¡ Asthor !

Un viejo marinero, con larga barba gris y formas toscas y fuertes que demostraban una robustez excepcional, atravesó balanceándose el puente de la nave y se acercó al segundo.

—Aquí estoy, señor—dijo el lobo de mar.

—¿Dónde está el capitán?

—A proa, mi segundo.

—¿Has oído un grito?

—Sí, y venía del mar.

—Ten la barra, piloto.

El señor Collin dejó el timón, y agarrándose al cordaje y a cuantos objetos había sobre cubierta, para no ser arrastrado por los violentos golpes de mar, que de vez en cuando cubrían la cubierta con fuertes mugidos, se dirigió a proa. Un hombre de alta estatura, largas y fornidas espaldas y miembros musculosos daba órdenes con voz llena y acostumbrada al mando a un grupo de marineros que intentaba desplegar una vela del palo trinquete, que el fuerte viento abatía sin cesar.

—Capitán—dijo.

—¿Qué deseáis, Collin?—respondió el gigante volviéndose.

—Tenemos un naufrago en estas aguas. He oído dos veces pedir socorro.

—¿Cuándo?

—Hace poco.

—¡Un naufrago aquí! ¡No hay que perder tiempo! Virar de bordo. Mi hija no me

perdonaría el no salvar a un desgraciado.

—¡ Es que el tiempo es horrible, señor!

—¡ No importa! ¡ Hay que intentar todo por salvarle! ¡ Haced virar de bordo!

Collin llamó con el pito a los marineros dispersos por el puente y les dió órdenes para la maniobra, mientras el piloto Asthor, que seguía en la barra del timón, hacía un poderoso esfuerzo para que la nave virase.

El momento no era el más a propósito para realizar dicha maniobra, y mucho menos para intentar un salvamento.

El Océano, desmintiendo, como ocurre muchas veces, el nombre de Pacífico dado por Magallanes, que lo atravesó la primera vez, estaba en plena revuelta. Montañas de agua coronadas de espuma, y negras como si hubieran sido de alquitrán, alzábanse con inaudita rabia en todas direcciones, ora formando abismos que parecían no tener fin, ora levantándose hasta el cielo con tremendos mugidos.

Un viento impetuoso empujaba las obs-

curas nubes que ennegrecían el firmamento y que huían en fantástica carrera por aquel cielo sombrío, hacían oscilar la brújula en todas direcciones y silbaban en roncos tonos por la arboladura de la nave, produciendo, además, desgarrones en las velas y rompiendo cuerdas y palos.

La «Nueva Georgia», no obstante aquel doble asalto del aire y el agua, ésta en montañas que se precipitaban por sus bordes y el viento produciéndole violentas oscilaciones, realizó la arriesgada maniobra que había mandado el capitán. Vuelta hacia el viento, se lanzó por el camino que acababa de recorrer, dando valientemente frente a los enfurecidos elementos.

El capitán y el segundo, colocados a proa junto al bauprés, escrutaban atentamente el mar buscando al naufrago, que por dos veces había pedido socorro. Los marineros, por su parte, preparaban los cinturones salvavidas y las cuerdas de auxilio y disponían la ballenera para arrojarla al mar, si era preciso.

UN DRAMA EN EL OCEANO

—¿Ve usted algo señor Collin?—preguntó el capitán después de algunos minutos.

—Nada, capitán, y eso que ya estamos en el sitio de donde salía la voz del naufrago.

—¿Se habrá ahogado?

Iba el segundo a significar su opinión, cuando un joven marinero, de aire picaresco, e inteligente, dijo volviéndose al capitán:

—Miss Ana está sobre el puente.

—¡Mi hija aquí!—exclamó el capitán vivamente—. ¿Dónde?

—Aquí estoy, padre mío—respondió una voz armoniosa y tranquila.

Una joven adelantaba hacia proa, agarrándose a las cuerdas para no ser arrastrada por las enormes masas de agua que con mil mugidos inundaban la tolda. Podría tener diez y seis o diez y siete años; era una graciosa muchacha, alta, esbelta, con abundante cabellera de un rubio dorado, ojos azules, grandes, profundos, tez blanca

rosada, no curtida aún por las brisas marinas y los rayos del sol ecuatorial.

En sus ojos, en la expresión de su rostro, en sus labios finos y bermejos, se adivinaba que aquella joven, no obstante su aparente delicadeza y debilidad, era de una tenacidad y una audacia que están muy lejos de poseer las jóvenes de su edad, y sobre todo las europeas.

Aunque la tempestad era violentísima y el buque, de sólida construcción y perfectamente tripulado, corría un serio peligro, aquella criatura no parecía espantada ni mucho menos, sino que sonreía tranquilamente, como si se encontrase a sus anchas entre los elementos desencadenados.

—¿Tú aquí, Ana?—repitió el capitán, aterrado.

—Sí, padre mío—respondió acercándose la valerosa joven.

—¿Pero no piensas que una ola puede envolverte y arrojarte al mar?

—La hija de un capitán de buque no debe ser menos que su padre. Además,

¿crees que puedo estar tranquila ahí abajo, cerca de esas feroces fieras que aúllan horrorosamente? ¡Ah, padre mío! ¡Hay que confesar que llevamos un cargo demasiado peligroso!

—Las jaulas son sólidas y el cuadro de popa no tiene comunicación con la estiva.

—Lo sé. ¡Pero qué rugidos lanzan esos animales!... Pero, ¡calle! ¡La «Nueva Georgia» ha variado de ruta!... ¡Y están preparando un bote!... ¿Qué quiere decir esto, papá?

—No te inquietes, Ana—respondió el capitán—. Hemos virado de bordo para buscar un naufrago.

—¿Ha caído al mar alguno de tus marineros?

—No, a Dios gracias. Se trata de un desconocido que hace pocos minutos pedía socorro.

—¿Dónde?

—Todavía no lo sabemos.

—¿No lo habéis visto?

—No, pero el segundo y el piloto le han oído gritar.

—¡Pobre hombre! ¡Es preciso salvarle a toda costa!

—Eso estamos intentando.

En aquel instante, en medio de las olas que chocaban unas con otras, produciendo un ruido enoñecedor, se oyó una voz gritar repetidamente:

—«¡Help! ¡Help!» (¡Socorro! ¡Socorro!)

—¡El náufrago!—exclamó el señor Collin precipitándose hacia la mura de babør.

—¡Atención, timonel!—gritó el capitán—. ¡Vira en redondo!

El buque viró, poniéndose a través del viento y sin alejarse mucho de aquel punto. El capitán, el segundo, miss Ana y los marineros inclinados sobre la borda y sujetos a las cuerdas, miraban ansiosamente al mar, que apenas se distinguía, tan espesas eran las sombras.

—¡Valor!—gritó el capitán con el porta-voz—. Vamos en vuestro auxilio!

—¡Socorro!... ¡Me ahogo!—repitió la misma voz de antes, que parecía salir de debajo de las olas.

—¡Lo tenemos a sotavento!—dijo el segundo de a bordo.

—¡Sí, sí!—confirmó el viejo piloto.

—¡Malditas tinieblas!—exclamó el capitán—. No se ve nada a tres metros de distancia.

—Esperemos un relámpago—dijo miss Ana.

—Y entre tanto hagamos alguna señal—añadió el segundo—. ¡Eh, Harry, trae una mecha!

Un marinero partió como una flecha a través de las cuerdas, cadenas y demás objetos que embarazaban la cubierta, descendió al cuadro de popa y volvió en seguida, trayendo una mecha, que encendió al punto. Brilló una luz humeante, oscilando a causa de las ráfagas de aire que hacía saltar de ella multitud de chispas con reflejos de un azul brillante. Casi al mismo tiempo, y como si el cielo hubiera tenido envidia de

aquella luz, un relámpago lo hendió de Poniente a Levante, iluminando como en pleno día el revuelto Océano.

Ante los ojos de la tripulación se ofreció un terrible espectáculo, que seguramente no esperaba.

A media «gomena» de la nave una pequeña balsa, casi destrozada, con un palo roto en el que aún se veía un trozo de vela, luchaba desesperadamente con las olas, que lo invadían por todas partes. Dos hombres, uno blanco y otro negro, hallábanse cerca del palo estrechamente abrazados y como si lucharan ferozmente. En sus manos se veían brillar objetos que levantaban y bajaban con rapidez y que parecían cuchillos o puñales.

—¡Gran Dios!—exclamó miss Ana retrocediendo vivamente.

—¡Mil millones de rayos!—exclamó el capitán—. ¿Qué es lo que está pasando en aquella balsa?

Un grito agudo, estridente, como lanzado por un hombre a quien acaban de

asesinar, se alzó de las aguas seguido de otro grito que parecía de triunfo.

—¡Allí se acaba de cometer un asesinato!—exclamó Ana poniéndose pálida—. ¡Dos hombres se están matando mientras la muerte les amenaza!... ¡Padre mío, huuyamos de aquí!

—No, es preciso salvarlos.

—Pero uno de ellos estará muerto a estas horas.

—Salvaremos al vivo.

—¡Un asesino!

—¿Quién puede afirmar que sea un asesino? Tal vez se haya defendido del otro. Por ahora, al menos, no podemos saber ciertamente lo ocurrido.

En aquel instante se oyó a babor un chapoteo violento, y casi casi al pie de la nave una voz que gritaba:

—¡Salvadme!... ¡Ah, los de la nave!...

—¡Soltad cabos!—ordenó el capitán.

Siete u ocho «gomenes» fueron arrojados al punto y atados a ellos algunos cinturones salvavidas. A pesar de la profunda obs-

curidad, cerca de babor se veía la zátara que acababa de saltar en pedazos y entre éstos un hombre que luchaba con desesperación para no hundirse.

—¡Izad!—gritó el náufrago.

—¿Estáis bien sujeto?—preguntó el capitán.

—Sí.

—¡Izad!

Los marineros retiraron el cabo, a cuyo extremo se había agarrado el náufrago. Una cabeza que desapareció bajo las aguas salió a flote después de algunos instantes. El capitán cogió al desgraciado por los hombros y levantándole, como si hubiera sido un niño, lo depositó en el puente.

El desconocido permaneció algunos momentos de pie, mirando con ojos de espanto a todo lo que le rodeaba; en seguida articuló con voz apenas inteligible la palabra «gracias», y cayó entre los brazos del segundo, que estaba a su lado.

—¡Muerto!—exclamó miss Ana.

—No, su corazón late—respondió Collin.

UN DRAMA EN EL OCEANO

—Llévemole a popa.

—Sí, miss.

—¿Y el otro?—preguntó un marínero—.
En la balsa había dos hombres.

—Busquémole—dijo el capitán.

Los maríneros se lanzaron a las bordas ;
e. a demasiado tarde. La balsa, destrozada
contra los flancos del buque, había des-
aparecido con el segundo náufrago.

CAPÍTULO II

EL NÁUFRAGO

La «Nueva Georgia» había dejado el
puerto japonés de Yokohama el 24 de
Agosto de 1836, con dirección a Austra-
lia, donde contaba tomar un cargamento de
«trepang», especie de moluscos cilíndricos,
bastante coriáceos, pero que son muy es-
timados por los glotonos del Celeste Im-
perio. Llevaba además en sus bodegas una
partida de sedas y porcelanas japonesas,
y diez grandes jaulas de hierro, contien-

do doce soberbios tigres de la India, pertenecientes al propietario de un circo de Yeddo, el cual después de haber ganado una fuerte suma, había resuelto desembarazarse de sus peligrosos huéspedes, cediéndolos a un negociante de fieras domiciliado en Melbourne. Aunque ya contaba quince años, la «Nueva Georgia» era todavía una hermosa nave, que pasaba por ser de las mejores de la marina mercante americana.

Podía decirse que era el más grande velero que en aquel tiempo cruzaba las aguas del Océano Pacífico, puesto que desplazaba dos mil toneladas y llevaba la arboladura completa de una verdadera nave, con velas en el trinquete, en el palo mayor y en el de mesana.

Destinada en un principio a servir de crucero a la marina republicana, fué luego vendida al capitán James Hill, de Boston, que buscaba a la sazón un sólido buque para ejercer el tráfico en el Océano Pacífico, tráfico bastante peligroso y difícil, aunque

muy ventajoso, especialmente en aquella época.

El capitán Hill, un verdadero marino en el más lato sentido de la palabra, y que había dado catorce veces la vuelta al mundo, era todo lo audaz que puede imaginarse, fuerte como un toro y resuelto ante todos los peligros. Llevaba consigo a su propia hija, miss Ana, huérfana de madre. El segundo, antiguo compañero suyo, y veinte marineros muy bien escogidos, formaban la tripulación y con ella se había aventurado entre las islas de la Polinesia y de la Melanesia, sin sentirse inquieto ante la triste fama que tienen los isleños de ser grandes aficionados a la carne humana en todas las salsas.

Había hecho ya siete viajes afortunados, y a la sazón comenzaba el octavo, con aquel peligroso cargamento, que estaba seguro de conducir hasta Melbourne, así como las sederías destinadas a vestir a las bellezas australianas.

El destino, como veremos muy pronto,

había resuelto otra cosa.....

Llevado el náufrago de la balsa al cuarto de popa, el capitán bajó con su hija, en tanto que el segundo subía otra vez al puente para seguir luchando con la tempestad que desde hacía dos días descargaba furiosa contra el gran velero.

El viejo Asthor frotaba vigorosamente los miembros del desconocido con un trozo de lana empapado en aguardiente, y procuraba introducir en la boca de aquél, fuertemente cerrada, algunas gotas de vino de España. Obstinábase el náufrago en no dar señales de vida, aunque su corazón seguía latiendo débilmente, lo que hacía esperar una pronta vuelta de su conocimiento.

—El pobre hombre ha estado en un gran peligro—dijo el capitán—. Déjame paso, Asthor, que quiero reconocerle.

El náufrago podría tener de cuarenta a cuarenta y cinco años. Era de mediana es-



Los marineros retiraron el cabo...

Un Drama en el Océano. — Cap. I, tomo II.

tatura, aunque fuerte y musculoso, y demostraba poseer una fuerza poco común. Su piel, blanca en algunos puntos y bronceada en otros, ostentaba algunas manchas rojizas, algo así como un extraño tatuaje, no muy diferente al que se suelen aplicar algunos marineros.

Su rostro era poco simpático. Tenía las facciones duras, la nariz gruesa y colorada como la de un gran bebedor, la frente deprimida como la de un delincuente por naturaleza, la barba larga, inculta y de color rubio cobrizo.

En el cuello, hacia el lado derecho, se le veía una herida recientemente cicatrizada, y más abajo otra señal que parecía haber sido hecha por un cuchillo. En la cara tenía otra herida de la que salían aún algunas gotas de sangre.

—¿Son heridas graves?—preguntó miss Ana.

—No, hija mía—respondió el capitán—, porque el hierro que las ha producido no debía ser muy cortante.

—¿Quién podrá ser? ¿Un marinero?

—No te lo sé decir, pero... ¡calla! ¿Qué significan estas señales que tiene en las muñecas?

—¿Señales?

—Sí, y muy marcadas.

—¿Producidas por qué cosa?

El capitán no respondió; pero arrugó la frente y movió varias veces la cabeza.

—¿Por ligaduras tal vez?—volvió a preguntar miss Ana.

—¡Quién sabe si por esposas!—respondió el capitán con voz grave.

—¿Será un forzado evadido de alguna penitenciaría?

—Quizá.

—¿De la isla de Norfolk?

—No podré decírtelo; pero pronto este hombre recobrará los sentidos y algo habrá de decir.

—Parece que vuelve en sí.

—Sí, hija mía.

El capitán no se engañaba.

El náufrago abrió la boca como para

respirar más libremente y sus párpados se levantaron. Sus ojos grisáceos y de falso mirar se fijaron bien pronto en el capitán y en la joven expresando estupor.

—¿Cómo os sentís?—le preguntó el capitán.

El desconocido, sin responder al pronto, se sentó lentamente, y luego dijo con voz opaca:

—¿Dónde estoy?

—En un camarote de la «Nueva Georgia»—respondió el capitán.

—¿Una nave... inglesa?

—No, americana.

El náufrago lanzó un suspiro que parecía de satisfacción.

El capitán Hill lo notó, y después de hacer señas a su hija de que se retirara, preguntó al desconocido:

—¿Quién sois?

—Bill Habbart..., un pobre náufrago; pero ¿y Sangor?

—¿Sangor? ¿Quién es?

Hizo el interpelado un gesto de admira-

ción y después se mordió los labios, como arrepentido de haber dejado escapar aquel nombre.

—¿Quién es ese Sangor?—volvió a preguntar el capitán.

—Un compañero de desgracia.

—Al que habéis asesinado.

—¿Yo?—exclamó el náufrago poniéndose pálido y apretando los puños.

—Os he visto hace poco, cuchillo en mano, luchando como dos tigres sobre la balsa.

—Es verdad; pero fué el indio el primero en acometerme.

—¿Por qué?

—La balsa iba a zozobrar bajo nuestro peso, pues las olas se habían llevado ya muchas tablas. Sangor, entonces, ciego de miedo, trató de deshacerse de mí con la esperanza de salvarse él; pero en la lucha llevó la peor parte y cayó al mar.

—¿Es cierto todo lo que me decís?

—Lo juro—dijo el náufrago.

—¿Y cómo os encontrábais en pleno Océano sobre aquella balsa?

—Perteneíamos a la tripulación de un buque naufragado dos meses ha cerca de la isla Figii.

—¿Cómo se llamaba ese buque?

—El «Támesis».

—¿Una nave inglesa, entonces?

—Sí, señor.

—¿Y os salvasteis los dos solos?

—No—respondió el náufrago, en cuya mirada brilló un extraño relámpago—. En la isla Figii hay otros siete compañeros que esperan vayan a salvarlos.

—¿Os mandaron a vosotros en busca de auxilio?—preguntó el capitán.

—Sí, señor.

—En qué condiciones se encuentran?

—En situación desesperada, porque los dejé medio muertos de hambre y con la proximidad de los antropófagos.

—¿Creéis que estén todavía vivos?

—Lo espero, porque todos van armados y son hombres resueltos.

—¿Cuántos días hace que dejasteis la isla?

—Trece. Decidme, capitán, ¿trataréis de salvar a esos desgraciados?

—Todo depende de una contestación vuestra—respondió el capitán mirándolo fijamente, como si quisiera leer en el fondo de su corazón.

—Hablad, interrogadme, señor.

—Decidme, ¿por qué tenéis en las muñecas esas profundas señales?

El náufrago, ante esta pregunta, que de seguro no esperaba, se estremeció; pero reponiéndose en seguida, respondió con gran calma:

—Me las han producido las cuerdas, pues me hice atar a la barra del timón durante la tempestad que ocasionó nuestro naufragio. El mar saltaba a bordo con tanta furia, que sin aquella precaución me hubiera arrastrado.

—Estoy satisfecho de vos—dijo el capitán al náufrago tendiéndole la mano, que éste estrechó vigorosamente—. Ahora no penséis más que en dormir y en reponeros de vuestra peligrosa aventura.

—Pero mis compañeros de desdichas... ¿no los salvaréis?—insistió el náufrago.

—Apenas cese la tempestad pondré la proa hacia la isla Figii.

—¡Gracias, gracias, señor!

—Ni una palabra más. Ahora descansad.

El náufrago se recostó en la litera; pero apenas se vió solo se alzó con un movimiento de tigre receloso y en sus labios delgados apareció una extraña sonrisa, una especie de mueca que habría dado que pensar a quien hubiera podido verlo.

Miss Ana esperaba a su padre en el camarote próximo, impaciente por interrogarle acerca de su conversación con el desconocido. Apenas supo lo que éste había dicho, el alma generosa de la joven sólo tuvo un pensamiento: salvar a los infelices que corrían el peligro de ser devorados por los antropófagos.

—¿Lo harás, papá?—preguntó la generosa muchacha.

—Sí, hija — respondió el capitán—.

Íremos a salvar a esos pobres marineros.

—¿Conoces tú esas islas?

—Las he visto una sola vez y me ha bastado para juzgarlas.

—¿Están, pues, habitadas por salvajes feroces?

—Antropófagos de los más terribles, hija mía, pues se vuelven locos por la carne humana, que dicen tiene un sabor semejante a la de la mejor ternera.

—¿Has perdido tú allí algunos marineros?

—He visto a tres caer en las manos de aquellos feroces caníbales, mientras preparaban el «trepan» a pocos centenares de metros de mi buque.

—¿Y se los comieron?

—Al día siguiente, al entrar en un pueblo abandonado, vimos los esqueletos de aquellos infelices.

—¿Resistirán entonces los desgraciados compañeros del naufrago?

—Lo creo, Ana, porque Bill Hobbart me ha dicho que están armados, y los salvajes temen mucho a las armas de fuego.

—¿Están muy lejos esas islas?

—En seis o siete días podremos llegar a ellas, si la tempestad no nos lanza mucho hacia el Oeste.

—¡Quiera el cielo que encontremos vivos a esos infelices!

—Esperemos que así suceda, hija mía. Ahora vuelve a tu camarote, que sobre cubierta no se puede estar sin peligro.

—¿Me dejas?

—La tempestad no parece calmarse y mi presencia es necesaria en el puente. Tú sabes que navegamos por un Océano sembrado de islas, islotes y bancos coralíferos, y que de un momento a otro podríamos encallar. Vé, Ana, y no temas nada, que yo velo atentamente y nuestro buque es sólido.

El capitán besó en la frente a la joven y subió rápidamente a cubierta, a pesar de que el huracán violentísimo hacía balancear terriblemente a la nave.

El Océano estaba aún en plena tempestad y el viento no tenía trazas de calmarse tan pronto. Las nubes, sin embargo, co-

menzaban a ser menos densas, y a través de sus desgarrones aparecían ya algunas estrellas. Por más que el peligro no había cesado aún, era fácil comprender que el huracán acabaría pronto.

Ya era tiempo, porque la tripulación, cansada de una lucha que duraba tres días, sin haber podido dormir, ni mucho menos encender fuego, no podía resistir más. La misma «Nueva Georgia», aunque construída sólidamente y acostumbrada a luchar con el Océano, se hallaba en un estado deplorable. Sus flancos resistían siempre a los furiosos asaltos de las olas, sin haber sufrido avería alguna; pero la arboladura estaba en completo desorden. Las velas, rasgadas en muchos sitios, no ofrecían la debida resistencia al viento; el cordaje estaba roto; las maniobras habían resultado ineficaces, pues el temporal desvirtuaba el trabajo de la marinería y, además, un trozo de la amura de babor había cedido, dejando franco el paso a las montañas de agua.

UN DRAMA EN EL OCEANO

Apenas estuvo en el puente el capitán Hill, se acercó al segundo, que se mantenía siempre cerca del timonel, a fin de que el velero no se apartase del buen camino, y le dijo:

—¿Tenemos alguna tierra a la vista?

—No, capitán—respondió el oficial.

—Sin embargo, si mis cálculos son exactos, debemos hallarnos cerca del archipiélago de Santa Cruz.

—¿Creéis que la deriva nos haya llevado tan al Oeste?

—Hace tres días que el viento nos lleva al grupo de las islas de Salomón, y a esta hora debemos navegar a lo largo del 182° paralelo.

—Pues, entonces, estamos ante un nuevo peligro. Las islas Salomón no gozan muy buena fama, capitán.

—Ni mejor ni peor que todas las otras islas que surgen en este lado del Océano Pacífico; pero pasaremos sin caer en el peligro de los escollos.

—La obscuridad es tan profunda, que no

se podría ver una tierra situada a dos gome-
nas de distancia.

—Ya nos la mostrarán las olas y los re-
lámpagos. Pero, ¡ calle ! ¡ No me había en-
gañado !

—¡ Tierra a sotavento !—gritó en aquel
instante un marinero que estaba a proa.

—¡ En guardia, Asthor !—dijo el segun-
do, volviéndose al viejo marino, que sos-
tenía la barra del timón.

—No temáis, señor— respondió el lobo
de mar orzando la barra—. Los salvajes, al
menos por esta vez, no tendrán el gusto de
devorar con sus dientes mi carne cori-
ácea.

El capitán Hill, que no sabía exactamen-
te dónde se encontraba, a causa del mucho
tiempo que llevaban luchando con el tempo-
ral, por lo que no había podido en tres días
hacer una sola observación que le diera la
longitud y latitud, fué a proa, para ver con
sus propios ojos la tierra anunciada.

Al fulgor de un relámpago pudo descu-
brir, a menos de dos millas de proa, una

isla que emergía de las espumosas ondas. Fijando bien la atención, le pareció ver que en la playa brillaban algunos puntos luminosos.

—Esa canalla de salvajes nos ha visto y tratan de atraernos a tierra—murmuró—. Pero, mis queridos tragones, el capitán Hill os conoce muy bien para no dejarse engañar.

En seguida, volviéndose al viejo Asthor, gritó con voz tonante:

—¡Eh, viejo lobo, orza la barra y viremos a lo largo!... ¡La astucia de los antropófagos no nos engaña a nosotros!

Ante aquella orden, los marineros ejecutaron la maniobra, y la «Nueva Georgia» giró a lo largo con una magnífica bordada, dejando a la izquierda aquella primera isla que indicaba la proximidad del archipiélago de Santa Cruz.

CAPÍTULO III

LA ISLA DE SANTA CRUZ

— El archipiélago de Santa Cruz, porque era aquél, en efecto, como lo había supuesto el capitán, es la continuación del gran semicírculo de islas que, extendiéndose desde la costa oriental de Nueva Guinea, llega casi hasta la Nueva Caldonia, formando con la costa australiana aquel temido mar que se llama de Coral.

Está situado entre el archipiélago Salomón y el de las Nuevas Hébridas, y se compone de gran número de islas, descubiertas en 1605 por el navegante español Quirós, y visitadas luego por Mendaña, que había ido a las islas de Salomón, descubiertas por él el año anterior.

Santa Cruz es la mayor de esas islas, siendo su extensión de ocho leguas, y de tres su anchura. Está situada a $10^{\circ} 46'$ de latitud meridional, y $163^{\circ} 34'$ de latitud oriental.

Viene después el grupo de las Perusas, tristemente célebres por el naufragio del infeliz almirante francés La Perouse, en 1788, grupo compuesto de Vanikoro, Tevai, Manevai y Nanuna; en seguida la isla Ticopia, con un circuito de cuatro o cinco millas, y cuyos habitantes, caso verdaderamente extraño, son hospitalarios y de buenas costumbres, mientras todos sus vecinos son antropófagos. El grupo Danks, compuesto de cuatro islas bastante altas y muy pobladas; Mitra, así llamada porque a cierta distancia afecta la forma de una mitra; el grupo Leuff, compuesto de once islas; Chemedi, habitada por salvajes ferocísimos; Tinacoro, que es un pico volcánico de dos millas de circuito, coronado por un cráter en ignición; el grupo Mendaña, formado por nueve islas bajas y selváticas, y algunas otras conocidas sólo de nombre, pero que no tienen importancia alguna por su poca extensión.

Todas estas islas están habitadas por polinesios, de aspecto poco agradable, estatu-

ra proporcionada, color obscuro, que varía en algunos isleños hasta el aceitunado, color propio de los malayos. Tienen los labios gruesos y colgantes, como los africanos; la nariz achatada y los cabellos crespos, lo que hace suponer que son originarios de la lejana Papuasía.

En general gozan de pésima reputación, y no son ciertamente de envidiar las tripulaciones que naufragan en aquellas costas.

El capitán Hill, que, como hemos dicho, no ignoraba esto, se apresuró a alejarse de la isla vista desde el barco, y que, según sus cálculos, debía ser una del grupo de Mendaña o Tinacoro, que son las primeras que se encuentran viniendo del Norte. El huracán, que no cesaba de soplar, aunque tendiendo poco a poco a calmarse, podía arrojarlo sobre aquella inhospitalaria costa, y esto hubiera significado una muerte segura para todos, pues la experiencia enseñaba a Hill que cuantos han naufragado en tales islas fueron devorados por los habitantes.

La «Nueva Georgia» seguía luchando con los desencadenados elementos, subiendo y bajando con vertiginosa rapidez por las montañas de agua que la rodeaban por todas partes, ora anegándola por babor, ora por estribor, no obstante la habilidad del viejo Asthor que se mantenía siempre aferrado a la barra.

A las siete de la mañana el Sol pudo romper una masa de nubes y, al través de los desgarrones, inundó de luz el Océano, y como si aquello hubiera sido una señal de paz, el viento moderó su violencia y la lluvia, que hasta entonces había caído en abundancia, cesó por completo.

El capitán Hill y el teniente Collin aprovecharon aquella tregua, que prometía ser duradera, y bajaron a popa para ver cómo estaba el naufrago, que hasta entonces había permanecido abandonado a sí mismo.

El pobre hombre dormía tranquilamente, como si se hubiera encontrado en una cómoda y segura alcoba; pero al oír entrar

a sus visitantes, se despertó en seguida.

—¿Cómo va, amigo?—le preguntó el capitán.

—Estoy muy bien, aunque me siento débil—respondió el náufrago—. Os debo mucho, señor, por haberme salvado en medio de tan terrible temporal. Otro capitán no hubiera comprometido su nave por socorrer a un desconocido.

—No hablemos de eso. Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo, o, por lo menos, lo hubiera intentado.

—¿Acabó la tempestad?

—Está concluyendo.

—¿Y os dirigís a la isla Figii?

—Ya he modificado mi ruta.

—¿Dónde estamos ahora?

—Ante el archipiélago de Santa Cruz.

—¿Dentro de pocos días, pues, llegaremos a la isla?

—Si Dios lo permite.

—Gracias, señor.

—¿No sabíais dónde os encontrábais cuando os recogimos?

—No ; pero suponía hallarme en el archipiélago de Salomón.

—¿Y dónde íbais?

—Trataba de buscar socorro hacia la costa australiana ; pero el huracán me arrojó hacia el Este. Había decidido entonces ganar el archipiélago de Salomón, con la esperanza de tropezar con alguna nave procedente de las islas Marianas y en ruta para Sidney cuando vosotros me recogísteis.

—¿Además de vos iba sólo en la balsa el indio a quien matásteis?

—Sí, capitán.

—¿Y por qué partísteis los dos solos?

—Porque disponíamos de poquísimos víveres.

—¿Quién mandaba vuestro buque?

Ante aquella pregunta, el naufrago pareció dudar un momento, como si buscara un nombre en su memoria. Después dijo:

—El capitán James Welcome.

—¿Lo habéis oído nombrar, señor Collin?—preguntó al segundo.

—Nunca ; pero somos tantos...—respondió el interpelado.

El náufrago miró a los dos jefes del buque, y su frente se plegó con una especie de inquietud ; pero aquello duró lo que un relámpago, y se serenó en seguida.

El capitán Hill y el segundo subieron a cubierta, después de recomendar al desconocido un reposo absoluto.

—¿Qué opináis de ese hombre?—preguntó a Collin el capitán, que parecía haberse quedado pensativo.

—Es un tipo poco simpático, señor. ¿Tenéis alguna sospecha al hacerme esa pregunta?

—No, pero me parece que no se explica francamente ; y si debo decirlo todo, añadiré que tengo siniestros presentimientos.

—¿Cómo? ¿Quién creéis que pueda ser? En este desierto Océano sólo pueden encontrarse desgraciados marineros.

—O forzados, señor Collin—añadió el capitán.

—¿Creeríais?...

—Por ahora, no creo nada; pero vos sabéis que la penitenciaría de la isla Norfolk no está muy lejana, y que todos los años se evaden buen número de sus peligrosos huéspedes en simples canoas, que roban a las naves, o en ligeras balsas.

—Podréis engañaros, capitán, pero me dáis que pensar.

—Pronto veremos, teniente.

En aquel momento, el marinero de guardia en la cofa del palo mayor señaló otra isla, que aparecía a unas doce millas al Este.

El capitán, aprovechando el sol que brillaba, tomó el sextante e hizo el cálculo para conocer la posición y la ruta del buque. Iba ya a concluir, cuando una voz dulce y melodiosa le preguntó:

—¿Estamos todavía lejos?

—¡Ah! ¿Eres tú, Ana?—dijo aquél, mirando a la joven.

—Sí, yo, que vengo a preguntarte si estamos todavía lejos de la isla de los naufragos.

—¡Qué impaciencia, hija mía! Si el viento se mantiene así bueno y el fuerte oleaje cesa, llegaremos a ella dentro de cinco o seis días.

—¡Oh! ¿Una isla ante nosotros?

—Una mala tierra, hija, que goza pésima fama, no tanto en América como en Francia.

—¿Cómo se llama?

—Vanikoro.

—¿Y qué tiene de particular?

—Que esa isla, con la de Tevai, Manevai y Nanuna, forma el grupo de La Perouse.

—¿El grupo de la Perouse? ¡Ah! ¿A estas islas va unido el nombre del almirante La Perouse, el infeliz marino desaparecido tan misteriosamente con sus naves y tripulaciones?

—Sí, Ana; mira esa isla de tan triste celebridad.

Vanikoro estaba todavía perfectamente visible. Esta isla tiene un circuito de cerca de diez leguas, y está erizada de picos cóni-

cos, el más alto de los cuales lleva el nombre de Monte-Capoyo. El interior consiste en un espeso bosque, donde se padece el paludismo, por lo que es muy insalubre. En la costa hay dos bahías, llamadas Vana y Pain, que serían accesibles a los buques si no las hiciera peligrosa la cintura de escollos coralíferos que la defienden de los ataques de las olas.

Sus habitantes son, sin duda, los peores que se encuentran en las islas de la Polinesia, tanto por su estado de salvajismo como por su ferocidad. No se puede imaginar nada más repugnante y odioso que esos seres, con rostros de monos, formas angulosas y miembros de tísicos cubiertos de suciedades de toda especie.

Ana, que observaba cuidadosamente la isla con el antejo de su padre, llamó la atención de éste acerca de un extraño monumento que no debía ser obra de aquellos salvajes. Parecía un obelisco descansando sobre una base cuadrangular y de dos metros de altura.

—¿Qué significa ese monumento?—preguntó la joven.

--Un recuerdo dedicado por el capitán Dumont d'Urville a la memoria de La Perouse y de sus desgraciados compañeros.

—¿Pero fué en esta isla donde se perdieron los navíos de aquel infortunado marino?

—Sí, en esa misma isla, Ana.

—¿Se salvó entonces del naufragio algún marinero?

—Ninguno, o al menos los navíos que acudieron a socorrer a los náufragos no encontraron ni uno solo.

—Explicadme eso.

—En seguida. La Perouse, como sabrás, había desaparecido con sus dos barcos después de hacer numerosos descubrimientos y de haber dado a entender que se hallaba en el Océano Pacífico. Las requisitorias que luego se hicieron para encontrarle no dieron resultado alguno, por más que el capitán d'Entrecasteux, que vino a tal fin por estos mares, pasó a corta distancia de Va-

UN DRAMA EN EL OCEANO

nikoro, a la que por esta causa llamó isla de la Indagación. Ya habían pasado cuarenta años desde que desaparecieron las naves, cuando en 1826 el capitán inglés Dillon, visitando las islas de este archipiélago, vió en poder de algunos isleños de Ticipia objetos de hierro de procedencia europea y un medallón de plata, en el que aparecían grabadas dos iniciales, que correspondían al nombre de La Perouse.

»Deseoso de conocer algo acerca de aquel naufragio, que conmovió a dos mundos, dedicóse a buscar a dos marineros alemanes que trece años antes habían desembarcado en la isla, y encontrándolos al fin, todavía vivos, les interrogó acerca de la procedencia de aquellos objetos.

»Supo entonces que habían sido llevados allí por algunos indígenas de Vanikoro, los que a su vez manifestaron que cuarenta años antes naufragaron allí dos grandes buques, una de cuyas tripulaciones fué asesinada y devorada, y la otra, después de permanecer algunos meses en aquel sitio, se

hizo a la mar en una pequeña nave que construyeron los mismos náufragos, algunos de los cuales quedaron en tierra.

»Además, el reyezuelo de Ticopia dijo que cinco años antes vió en Vanikoro dos hombres que, por su color, debían ser marineros de los buques naufragados.

»No pudiendo Dillon disponer de mucho tiempo, siguió su viaje hacia la India, y en Calcuta informó al secretario de la Compañía de las Indias acerca del descubrimiento que había hecho.

»En seguida se dispuso una expedición para explorar Vanikoro, y en Julio de 1827 desembarcó en dicha isla.

»Sus indagaciones hicieron plena luz en la desaparición misteriosa de la expedición La Perouse, toda vez que pudo verse a una de las naves sumergidas incrustada entre los bancos de coral, y además los expedicionarios visitaron el lugar donde los náufragos construyeron el pequeño barco. Los indígenas, por su parte, negaron haber asesinado y devorado a una de las tripula-

ciones; pero sí debieron cometer tales excesos, pues sobre el techo de una cabaña llamada la «Casa de los Espíritus», se hallaron cráneos de las víctimas.

»Dillon recogió gran número de objetos, áncoras, cuerdas, pedazos de instrumentos geográficos y astronómicos, una campana fundida en Brest, varios objetos de plata y de hierro y, por último, varias otras cosas, algunas de las cuales regaló a Carlos X, entonces rey de Francia, y que ahora se encuentran en el Museo de la Marina.

»Más tarde, Dumont d'Urville recogió en Vanikoro un cañoncillo, un áncora y dos pedreros, que fueron unidos a las primeras reliquias de aquel tremendo naufragio.»

—¿Entonces los dos navíos encallaron en la costa?—preguntó Ana, contemplando la isla.

—Sí, y a lo que se calcula, en una noche tempestuosa y obscurísima.

—¿Y qué sucedió a los hombres que embarcaron en la nave construída por ellos mismos?

—No se ha vuelto a tener noticias de ellos; pero un capitán inglés aseguró haber visto distintamente hacia el 1811, en un estrecho brazo de mar de la isla Salomón, una especie de mastil, provisto de todos sus accesorios, que sobresalía de las aguas.

—¿Naufragaron otra vez?

—Así debió ocurrir.

—¿Y no se hicieron indagaciones en la isla de Salomón?

—Ninguna.

—Sin embargo, alguno pudo salvarse y vivir aún...

—No sería imposible que algunos que entonces fueron jóvenes vivieran todavía.

—¡Desgraciados! —murmuró Ana—. ¡Quién sabe cuántos de ellos serían comidos por los antropófagos!

—Muchos, sin duda, porque los isleños de Vanikoro tienen muy mala fama.

—¿Son muy feroces?

—Mucho, Ana.

—¿Y cómo pudieron vencer a los mari-

neros de La Perouse, yendo estos armados de fusiles y cañones?

—Con las flechas envenenadas.

—¿También conocen los venenos estos monstruos?

—Sí, y los que usan son incurables. Los que son, aunque sea muy ligeramente, heridos por una flecha envenenada, mueren sin remisión, después de tres días de una agonía atroz, sin que haya remedio que pueda salvarlos.

—También creo que usan lanzas.

—Sí, pero la punta no es de hierro, pues no poseen ese metal, sino de astillas de huesos humanos, que maceran durante algunas semanas en agua del mar.

—¡Qué abominables salvajes, padre mío!
¡No quisiera caer en sus manos!

—¡Bah! Tenemos una tripulación excelente que nos es muy adicta; un buen buque y armas en tal cantidad, que podríamos hacer frente a mil polinesios reunidos.

En aquel momento se oyó en la estiva un ruido tan espantoso, que el barco retem-

bló, haciendo tambalearse a los marineros. El mismo capitán, no obstante su probado valor, se puso pálido, y su diestra cogió la culata de la pistola, que siempre llevaba a la cintura.

Eran gritos roncós, rugidos sofocados, maullidos potentes, acompañados de golpes sordos, que parecían producidos por cuerpos pesados al chocar con una pared de madera.

—¿Qué ocurre?—preguntó Ana, que instintivamente dió un paso hacia el cuadro de popa.

—¿Habrán los tigres roto las jaulas?—preguntó el capitán dirigiéndose al segundo de a bordo, que acudía con un hacha en las manos.

—Es imposible, señor —respondió—. Los hierros son muy sólidos.

—Vamos a verlo.

Los dos hombres se dirigieron a la entrada de la bodega, que había sido abierta, y miraron hacia dentro. Ante las doce jaulas, dentro de las cuales rugían furiosa-

mente y saltaban con rabia doce soberbios tigres reales, vieron a un hombre que los miraba con profunda atención y sin demostrar el menor miedo ante aquellas demostraciones de ferocidad.

Aquel hombre era el náufrago.

CAPÍTULO IV

LA FRESCURA DE BIL

Estaba el náufrago tan absorto en su contemplación, que no se apercibió de la presencia del capitán y del señor Collin. Con los brazos cruzados sobre el pecho, seguía con mirada ardiente, que a veces parecía lanzar relámpagos magnéticos, las evoluciones de las fieras, que continuaban lanzando fuertes rugidos y que hacían esfuerzos para arrojarse sobre él.

Sus ojos fijábanse especialmente, y con gran atención, sobre una gruesa tigre, que parecía la más robusta y la más feroz, siguiéndola en todos sus movimientos con in-

explicable obstinación. Se hubiera dicho que conocía a aquella fiera de la «jungle» indiana o que intentaba magnetizarla con el poder de su mirada.

Al cabo de un rato, la tigre, que parecía enfurecida hasta el paroxismo, se paró, mirando a su vez al náufrago, que se mantenía firme ante la jaula, y, cosa extraña, se la vió agacharse, batiéndose los flancos con la cola, y permanecer inmóvil, como si un poder oculto la hubiera sugestionado.

—¡Eh, amigo!—dijo el capitán, que había observado con viva curiosidad toda aquella escena—. ¿Seríais acaso un domador de fieras?

Ante aquella pregunta, el náufrago se volvió, haciendo un ademán de despecho. Levantó la cabeza hacia la escotilla y saludó a los dos jefes.

—No, señor—respondió después, esforzándose por sonreír.

—¿Conocéis acaso a esa tigre?

—Tampoco, aunque he visto muchas durante mis viajes.

UN DRAMA EN EL OCEANO

—Se diría que la habéis magnetizado.

—No lo creo, capitán.

—Os digo que tenéis una mirada que fascina. ¡Mirad! Las otras fieras tampoco se mueven y permanecen en el fondo de las jaulas, como si tuvieran miedo de vos.

—Bromeáis, señor—respondió el marinero con un tono brusco que revelaba su disgusto.

—Ya lo veremos. Pero, ¿por qué habéis abandonado vuestro camarote?

—Oí rugidos y vine aquí para saber de dónde procedían.

—¿Queréis subir a cubierta? Si os sentís mejor, venid a respirar el aire fresco.

—Gracias, capitán.

El náufrago, que parecía completamente restablecido, subió con ligereza la escala y apareció en el puente. Al ver a miss Ana se paró sorprendido, fijando en ella una aguda mirada que despedía extraños fulgores; pero al notar que le observaban los marineros y el capitán, sacudió la cabeza, como quien trata de desechár un pen-

samiento importuno, y se quitó la gorra, inclinándose y murmurando una palabra que nadie pudo oír.

—¿Cómo os sentís?—le preguntó el capitán.

—Muy bien, señor—contestó, sin separar los ojos de la joven miss.

—¿Y vuestras heridas?

—Cicatrizando a ojos vistas. Pero... ¿dónde estamos, señores?

—Navegamos hacia el grupo de las Nuevas Hébridas.

—¡Ah! ¿Entonces estamos todavía lejos de la isla de Fidji?

—Espero que llegaremos a ella dentro de cinco o seis días y a tiempo para salvar a vuestros compañeros. Si no los encontramos, mi hija sufrirá un verdadero dolor.

—¡Ah! ¿Es vuestra hija la señorita?—exclamó el náufrago con acento particular.

—Sí, miss Ana es hija mía.

—¿Y viaja siempre con vos?

—Desde hace pocos años.

—¡Hermosa y valiente joven!—murmuró

ró el marinero, mirando otra vez a la muchacha—. Miss, os doy gracias desde lo más profundo de mi corazón por el interés que os inspiran mis compañeros de desgracia. Os estaré reconocido por mucho tiempo.

—Es deber de toda mujer interesarse por los desgraciados—exclamó miss Ana—. No perdonaría nunca a la tripulación que hubiera vacilado en socorrer a unos infelices amenazados por los dientes de los antropófagos.

—Gracias, miss. Sois demasiado buena.

—Decidme, Bill—dijo de pronto el segundo, acercándose al náufrago—. ¿Habéis oído hablar de la isla de Norfolk?

El marinero, ante aquella brusca pregunta, que estaba muy lejos de esperar, quedó como petrificado, y una lívida palidez, seguida de una subida de sangre, le pasó por el rostro. Volvióse hacia el teniente, que parecía no haber dado importancia a su pregunta, y lanzándole miradas que eran rayos, le dijo:

—¿Qué queréis decir?

—Nada. Os hago una sencilla pregunta.

—¡Ah! ¡Ahora comprendo!—exclamó Bill, golpeándose la frente—. Me preguntáis si conozco una isla en la que se albergan los foragidos ingleses. Pero, ¿a qué fin esa pregunta?

—Ya os lo he dicho: por mera curiosidad.

—Conozco esa isla, de fama siniestra. Arribé a ella una vez a bordo del «Alert», un buque americano que hacía el tráfico entre las islas del Pacífico, como el vuestro. Mala isla, señores, y peores habitantes.

—Me lo imagino.

—¿Dónde estamos ahora?—preguntó el náufrago, como si quisiera cortar aquella conversación, que le disgustaba.

—Hace una hora que dejamos la isla de Vanikoro, y, como os he dicho, llevamos rumbo a las Nuevas Hébridas.

—Gracias, señor.

Se inclinó ante miss Ana, saludó al segundo y se sentó a proa sobre un lío de

UN DRAMA EN EL OCEANO

cuerdas, sin decir una palabra más. Aquel hombre parecía presa de una gran inquietud desde que el teniente, señor Collin, le hizo la pregunta.

Sus ojos, que tenían una luz falsa, giraban en sus órbitas, fijándose ya en el teniente, que paseaba sobre cubierta, o ya en miss Ana, que paseaba con su padre. De vez en cuando sus puños se cerraban fuertemente, como si estrujara alguna cosa. Su rostro palidecía o se ponía color escarlata, y sus músculos experimentaban sacudimientos nerviosos. Se habría dicho que una cólera tremenda, a duras penas contenida, rugía en el corazón de aquel marinero, recogido casi moribundo sobre las olas del Océano.

Por fortuna para él, la atención de los tripulantes fué atraída hacia el mar por la aparición de un magnífico pez velero o «swordfisk», como lo han bautizado los ingleses. Pertenece a la especie del pez espada, con el cual tiene bastante semejanza, y se encuentra sólo en el Océano Pacífico,

donde es perseguido con encarnizamiento por los isleños, que aprecian mucho su carne, que es delicadísima, especialmente cuando se trata de un pez joven. Hay que tener cuidado al pescarle, porque es de un temperamento violento.

El que navegaba al lado de la «Nueva Georgia» medía, por lo menos, diez pies de largo, y tenía una especie de cuerno largo de dos metros, redondo en su nacimiento y aplanado en el extremo, como el del pez espada. Había desplegado su aleta dorsal, de la que se servía como de una vela, dejándose conducir por el viento.

—¿Son peligrosos esos peces, padre mío? —preguntó Ana al capitán, que seguía con curiosidad el rumbo del pescado.

—Todos los isleños le temen, pues es tan valiente, que no retrocede ante los tiburones ni las ballenas.

—Pues no es muy grande.

—Es verdad; pero su arma de defensa es fuerte y sabe servirse de ella. Es casi im-

sible encontrar uno que tenga el cuerno entero, y repara que ese mismo lo tiene roto. En su rabia, se le ha visto precipitarse contra los buques, que sin duda toma por ballenas, y hundir profundamente su cuerno en ellos. Nuestra «Georgia» tuvo una vez su proa atravesada por el arma de uno de esos peces.

—¿Y qué hace después de hincar el cuerno?

—Permanece sujeto a la nave hasta que muere o lo mata la tripulación.

—¿Es fácil la pesca de esos animales?

—Muy difícil, Ana. Cuando son jóvenes no cuesta mucho trabajo cogerlos con redes fuertes; pero cuando son grandes y tienen el cuerno desarrollado, rompen fácilmente las mallas, por fuertes que sean, y huyen. Queda el recurso del arpón; pero apenas notan esos peces intenciones hostiles en los barcos, dejan de acercarse.

El pez velero no sigue a los buques más que un corto trayecto, y de improviso plega su aleta natatoria, y se sumerge, desapa-

reciendo de la vista de la tripulación en el momento en que ya había hecho sobre cubierta todos los preparativos de arpones, etcétera, para darle caza, en la esperanza de aprovechar su delicada carne.

La «Nueva Georgia» seguía en tanto filando hacia el Oeste, acercándose al archipiélago de las Nuevas Hébridas, a la derecha del cual, y a una distancia de doscientas treinta o doscientas cincuenta millas, se encuentra el de Figii. El viento se mantenía favorable, pero no era todavía regular, sino que parecía tender a una nueva perturbación atmosférica empujando ante sí negros nubarrones.

Después de la puesta del Sol, aquellos vapores que se habían visto hacia el Sur invadieron con rapidez la bóveda celeste, en tal forma que los astros quedaron ocultos y el mar perdió su brillo. El viento, en vez de crecer, cesó completamente, lo que no dejaba de ser extraño, y la «Nueva Georgia» permaneció casi inmóvil y rodeada de **negruras.**



Bandadas de peces a cuál más extraños.

Un Drama en el Océano. — Cap. IV, tomo I.

A poco ocurrió un fenómeno, frecuente en los climas cálidos y a virtud del cual se rompieron aquellas tinieblas. El mar, un momento antes casi negro, se iluminó extrañamente como si bajo sus ondas hubieran encendido una lámpara eléctrica de fuerza extraordinaria.

El agua parecía haberse convertido en bronce fundido, con reflejos argentados, a los que se mezclaban líneas que parecían de fuego y que cambiaban de forma a cada instante, hasta hacerse circulares, para volver otra vez a ondular caprichosamente. Las olas, al romperse contra los negros flancos del buque, parecía que lanzaban millares y millares de encendidas chispas de los más fantásticos y brillantes colores.

Bandadas de peces de formas a cual más extrañas, alargados y negros, cortos, gruesos y de variados colores, corrían y juguetaban en aquel mar de plata, sumergiéndose para subir enseguida, devorándose los unos a los otros y haciendo mil giros caprichosos y variados.

En tanto, inmóviles como sombrillas abiertas o como gigantescas setas, mostrábanse los pólipos, de carnes transparentes y gelatinosas.

Millones de fosforescentes moluscos iban a la deriva, dejándose llevar por el flujo y desplegando resplandores de tonos diversos; las palagias, que andaban con majestad, semejantes a paracaídas a merced del viento; las meliteas, en cuyos brazos, extrañamente cruzados, sujetan lámparas de una luz rojiza; las acalefas microscópicas, que parecen constelaciones de diamantes de las más hermosa aguas; las veletas, en cuyas crestas tiembla una luz azul de infinita dulzura, y los beroes, las medusas, los osgris, etc., etc., cuyos resplandores, unidos a los que producen ciertos pequeños moluscos de forma cilíndrica y de consistencia delicadísima que se encuentran amazacotados a miles de millones, invaden una larga zona del mar, haciéndolo maravillosamente bello.

La «Nueva Georgia», inmóvil sobre

aquellas aguas, destacaba vivamente su negro casco de aquel mar de plata fundente, y parecía no que navegaba, sino que se hallaba como suspendida en una atmósfera de encendidas fosforescencias.

Miss Ana, el capitán Hill, el teniente Collin y todos los marineros contemplaban con admiración aquel fenómeno, que es frecuente, como hemos dicho, en tales regiones, pero cuya hermosura encanta y subyuga siempre.

El náufrago, por su parte, habíase levantado lentamente y recostado sobre la borda del buque; pero en vez de una mirada de admiración, aquel extraño hombre derramó sobre el mar una ojeada opaca e hizo un ademán de despecho, lanzando al mismo tiempo una sorda imprecación.

Poco a poco el fenómeno luminoso se alejó en dirección al Este, y la nave, que filaba despacio en sentido contrario, permaneció otra vez envuelta en tinieblas densas, que el fanal de proa no bastaba a romper.

El náufrago, que había vuelto a sentarse

a proa, cuando vió brillar el mar a lo lejos, se levantó con cautela y parecía que su vista buscaba a alguien.

Repitió el gesto de despecho que antes hiciera, al no ver sobre el puente ni al capitán, ni a miss Ana, ni al segundo.

Una profunda arruga se marcó en su frente y permaneció como perplejo. Al ver pasar cerca a un marinero joven que acababa de dejar la cámara de proa, y que no había oído la brusca pregunta del señor Collin acerca de la isla de Norfolk, le detuvo diciéndole:

—¡Eh, camarada! ¿Qué hora tenemos?

—Deben ser las diez—respondió el marinero.

—¿Cuál de los oficiales está de guardia para el primer turno?

—Asthor, el piloto.

—¿Y el señor Collin?

—Hará la guardia de media noche.

—¿Es un valiente oficial el señor Collin?

—Bravísimo, os lo aseguro.

—¿Goza de gran confianza a bordo?

—De la misma que disfruta Asthor, que navega hace veinte años con el capitán Hill, y quizá de más.

—¿Es verdad que es el novio de miss Ana?

—No lo he oído decir, ni lo creo.

—Dime, camarada, ¿se cree realmente que yo sea un pobre marinero que ha tenido la desgracia de naufragar?

—¡Por Baco! ¿No os hemos recogido en pleno mar a bordo de una balsa?

—Es verdad; pero me parece que el señor Collin me mira con cierta desconfianza.

—Es un hombre desconfiado el teniente; pero no creo que tenga motivos para desconfiar de vos.

—Tienes razón, camarada. Soy un loco al pensar que a bordo de la «Nueva Georgia» se me mira con malos ojos. ¡Buenas noches!

El náufrago atravesó el puente con la frente arrugada y los brazos fuertemente

cruzados sobre el pecho. Parecía muy pensativo y preocupado.

Al pasar junto a la escotilla se detuvo para escuchar a los tigres, que lanzaban profundos rugidos.

—Tienen hambre—murmuró con voz sorda—. Y, sin embargo, aquí hay carne para los doce tigres.

Después retrocedió lentamente hacia proa y fijó los ojos en las nubes, que corrían desordenadamente por el cielo.

—La tempestad—articuló en voz baja—será fatal para alguno.

Reprimió una sonrisa helada que se dibujaba en sus labios y desapareció por la cámara de proa.

CAPITULO V

LOS ANTROPÓFAGOS DEL OCÉANO PACÍFICO

Contrariamente a las previsiones de todos, el huracán, que parecía amenazar otra vez a la «Nueva Georgia», no se presentó,

y durante la noche se aclararon las nubes y aparecieron las estrellas. Comprendíase, sin embargo, que aquello debía ser sólo una tregua y nada más, porque el viento seguía soplando del Sur, o sea de la parte de donde se forman y arrancan los tifones, y el mar conservaba la tinta plomiza que indicaba como amenaza segura de un gran temporal.

Al día siguiente, al amanecer, la «Nueva Georgia», que durante la noche había recorrido unas setenta millas, se encontraba frente al archipiélago de las Nuevas Hébridas.

Este grupo es uno de los más importantes de aquella región, aunque en aquel tiempo era muy poco conocido, como el resto, y aun hoy mismo lo es imperfectamente, y se extiende sobre una superficie de ciento veinte leguas. Quirós, que lo descubrió en 1768, lo llamó Nuevas Cicladas, y Cook, que tenía la manía de cambiar de nombre a todas las islas, le dió el de Nuevas Hébridas.

Las principales son: Fauna, que es la más notable, fertilísima, de aspecto encantador, con un volcán y surtidores de agua caliente; mide siete leguas de extensión y tres de anchura. Koromango, de casi iguales dimensiones y que goza fama porque de sus bosques se extrae el precioso polvo de sándalo de delicado perfume. Mallicolo, que tiene una longitud de diez y ocho leguas, y siete de ancho. Sandwich, notable por la belleza de sus perspectivas. Santo Espíritu, que es la isla mayor y que se supone sea una de las más hermosas y fértiles del mundo. Muchas otras más pequeñas rodean el grupo principal y se extienden hacia el Sudeste, hasta sesenta y cinco leguas a la extremidad meridional de la Nueva Caledonia.

Sus habitantes, exceptuados los de Fauna, no gozan mejor fama que los demás polinesios, porque los navíos que llegaron a fiarse de ellos se vieron obligados a hacer uso de las armas de fuego para librarse de sus rapiñas y de sus dientes.

UN DRAMA EN EL OCEANO

Son de estatura baja, gráciles, de piel bastante bronceada y la mayor parte de ellos salvajes como animales. Los de Mallicolo, especialmente, son de rostros tan horribles, que los monos junto a ellos resultan hermosos.

La «Nueva Georgia», que navegaba con bastante velocidad, se mantuvo prudentemente lejos de aquellas costas inhospitalarias, pero los isleños vieron el buque y acudieron en buen número a la playa, agitando sus lanzas y sus arcos en son de amenaza. Lanzaron algunas flechas, que cayeron bastante lejos del barco, y el capitán Hill, que no quería perder tiempo en desagradables aventuras, no se dignó contestar.

Hacia el mediodía, y a distancia de unas treinta millas de la isla Barwal, la «Nueva Georgia» encontró dos canoas fuertemente amarradas la una a la otra y que se comunicaban por un puente, en el que había unos doce salvajes de pequeña estatura, piel bronceada, cabeza alargada y nariz

chata, casi por completo desnudos y armados de lanzas cuyas puntas parecían ser esquirlas de huesos probablemente humanos.

Al ver que el buque pasaba de largo, la canoa, maniobrada por diez remeros, trató de seguirlo con la esperanza de lograr alguna cosa, fuera de grado o por fuerza. El capitán Hill ordenó que la nave siguiera hacia el Norte y mandó disparar un pequeño cañón que llevaba escondido bajo el castillo de proa. La detonación y además la imposibilidad de alcanzar al velero, que corría con la velocidad de ocho nudos por hora, hicieron desistir a los feroces salvajes de su loco propósito.

—Dime, papá, ¿son muchos los habitantes de estas islas?—preguntó miss Ana al capitán.

—Cuando Bougainville las visitó en 1799 estimó su número en doscientos mil, y Cook confirmó dicha cifra; pero actualmente quedará sólo la mitad.

—¿Y por qué tal disminución?

UN DRAMA EN EL OCÉANO

—Porque los isleños están casi siempre en guerra entre ellos y los vencedores se comen a los vencidos, estén heridos o sanos.

—¿Y asisten las mujeres a esos monstruosos banquetes?

—No, porque las mujeres no pueden comer en compañía de los hombres; pero se hacen sacar la parte que éstos les destinan de sus prisioneros.

—¿Ni siquiera con sus maridos pueden comer las mujeres?

—No, porque el marido la considera simplemente como una bestia de carga. Su condición es tan miserable y humillante, que suelen matar a las hijas para librarlas de tanta degradación.

—¡Qué horribles salvajes! ¿Y a qué raza pertenecen?

—A la melanésica; pero se nota en ellos la influencia de la raza polinésica.

—Dime, ¿son antropófagos todos los pueblos que habitan las islas del Océano?

—Casi todos.

—¿Por necesidad acaso? Me han dicho que en las islas del Pacífico escasean los animales y los árboles frutales.

—Sí, pero no en todas. Algunas abundan en perros, gatos, pájaros y árboles que dan sabrosos frutos, y además el mar que las rodea proporciona abundante pesca. A pesar de esto, los habitantes son antropófagos y se comen a sus enemigos en variadas salsas. Hubo un tiempo en que no se creía en la antropofagia; pero después de los viajes de Van-Diemen, Tasman, La Perouse, Bougainville, Cook, Quirós, Mendaña, etc., hubo de reconocerse su existencia. Algunas tribus sacrifican a sus enemigos por espíritu religioso, pero se los comen además; otras por escasez de alimentos, otras por odios y además por heredar el valor y las virtudes del muerto, como, por ejemplo, los australianos, que comen con preferencia el corazón de sus enemigos para adquirir mayor energía; los maoris de la Nueva Zelanda, el ojo izquierdo ante todo, porque, según sus creencias,

es el alma del muerto, y las tribus americanas del Amazonas, que queman el cadáver y tragan después las cenizas para apropiarse los rezos que en vida hiciera su víctima.

—¿Y la antropofagia existe sólo en las islas del Gran Océano?

—No, Ana—contestó el capitán—. Más o menos, todos los pueblos han practicado el canibalismo. Los galos, que son los antiguos franceses, comían hombres, y de ello dan fé los osarios descubiertos cerca de París, en Ville-Neuve-Saint-George y en Saint-Mauro. En Portugal, en una sola caverna u osario, fueron hallados nueve mil quinientos dientes humanos y gran número de huesos, en los que se advertían señales de haber sido cortados y asados cuando conservaban la carne. Comían hombres los habitantes del Asia Menor, los japoneses y los mejicanos por espíritu religioso, y añadiré que estos descendientes del gran imperio de Moctezuma, reprochaban a los pañoles por el sabor amargo de sus carnes.

—¡Es increíble!—exclamó miss Ana con horror.

—Y, sin embargo, ciertísimo: hoy la ciencia lo ha puesto en claro. La antropofagia está todavía muy extendida. Se comen hombres entre los battias de Sumatra, donde el canibalismo toma el aspecto de castigo; entre los indios de la América del Norte por venganza; entre los cafres, los caribes, los maoris, en el Congo, en Timbuctu, en Dahomey y en el Ogoway por puro placer. Añadiré, por último, que en Taiti, isla hoy civilizada, no hace mucho tiempo, en un período de carestía, fueron comidas tantas personas, que se llamó a aquella época la «estación de comer hombres», y que en Francia en 1090 y en Egipto en 1200, en tiempos de escasez, se salía a cazar personas para vender su carne.

—¡Es horrible!

—Pero histórico, Ana. Por otra parte, hoy mismo, de vez en cuando, corre la noticia de escenas de canibalismo ocurridas

entre náufragos. Las crónicas marítimas están llenas de estos espantosos relatos, aunque, afortunadamente, el canibalismo en tales casos obedece, no a la glotonería, sino al imperioso grito del hambre.

—¿Los salvajes dicen que es excelente la carne humana?—preguntó el teniente, que desde algunos minutos antes asistía a la conversación.

—Todos están conformes en elogiar el gusto exquisito y la delicadeza de la carne humana; pero dicen que la de la raza blanca es amarga y muy salada.

—Tengamos siquiera el consuelo de que no quieran comernos, si llegamos a caer en sus manos.

—No dejan de tener medios para hacerla excelente, señor Collin—dijo el capitán riendo—. Yo sé que los isleños de Figii tienen un modo especial de cebar a sus prisioneros para que sean más succulentos.

—Compadezco a los compañeros de Bill que han tenido la desgracia de caer en po-

der de esa gente. Aunque quién sabe si será una fortuna.

—¿Por qué teniente?—preguntó el capitán, sorprendido.

—Yo me entiendo, señor Hill.

—Explicaos—dijo miss Ana.

—Ahora no.

En aquel momento oyeron hacia su derecha una especie de gruñido.

El náufrago estaba a tres pasos de distancia y debió haber oído las palabras del segundo.

Por fortuna para él, nadie le vió fijar en el señor Collin una mirada que lanzaba relámpagos y apretar los puños con tal fuerza que sus uñas se le clavaron en las palmas de las manos.

Se alejó silenciosamente sin haber sido descubierto y se sentó a proa; pero sus miradas se dirigían siempre, ya hacia miss Ana, ya al señor Collin.

¿Qué cosa meditaba en aquel momento aquel enigmático personaje, en cuya mirada podía leerse al mismo tiempo una ex-

traña ternura y un relámpago de odio profundo?

En breve nos lo dirán los acontecimientos.

Hacia el mediodía aumentó la violencia del viento y el barómetro bajó bruscamente, mientras las olas que venían del Sur se hacían más frecuentes y cada vez más altas. Se veían subir a gran altura mostrando sus crestas cubiertas de blancas espumas y venían a romperse con violencia contra la «Nueva Georgia», que cabeceaba vivamente.

Los tigres, como si presintieran la proximidad de la tempestad, se mostraban muy inquietos y en la estiba se oían incessantemente retumbar sus roncós rugidos, que hacían palidecer a los marineros, no habituados aún a tan desagradable concierto.

El capitán, para no dejarse coger desprevenido ante aquel huracán que desde hacía dos días parecía reunir fuerzas para desencadenarse con sin igual furor, hizo

arriar las altas velas del trinquete y contratrinquete y amainar la lona, que mandó desplegar por la mañana para ganar velocidad. No satisfecho aún, reforzó las amarras y ató sólidamente los botes, cuya pérdida hubiera sido funesta, así como mandó otras varias operaciones propias de un marino tan excelente y experto como él era.

—¿Teméis algún tifón?—le preguntó Ana, que no abandonaba la cubierta.

—Sí, y no te ocultaré que este huracán me da mucho que pensar, pues nos encontramos en un mar desprovisto de islas e islotes y además de una profundidad que espanta.

—¿Hay abismos inmensos en el Océano Pacífico?

—Horrorosos, Ana.

—¿En qué sitio es más profundo?

—Según los últimos sondeos, la mayor profundidad se encuentra al mediodía del Kamschatka, península de la costa asiática. Allí la sonda tocó fondo a ocho mil quinientos quince metros.

—¡Ocho kilómetros y medio de profundidad!

—Y se cree que hay aún mayores honduras, suponiéndose que en ciertos sitios llegan a catorce y diez y seis kilómetros.

—¿Y todos los Océanos tienen tales abismos?

—La profundidad media del Gran Océano será de 4.380 metros; pero se sabe que entre las islas Figii, Tonga y Samoa existe un abismo de 8.102 metros, según unos, y de 8.280, según otros navegantes. En el Atlántico hay fondo a 4.022 metros hacia el Norte y 3.927 al Sud; en el Océano Indico a 3.627 y en los otros dos Océanos a 3.803. Hay que convenir, sin embargo, en que dichas profundidades serán aún mayores medidas con instrumentos o sondas más perfeccionados.

—¡Pero la vida a semejante profundidad no podrá existir!

—¿Y por qué, querida?

—Por la gran presión que debe ejercer tan inmensa masa de agua.

—En un tiempo se creía eso, y aun añadiré que se suponía que el agua tan espantosamente comprimida tendría una densidad semejante a la del hierro o el plomo. Creíase que una bala de hierro arrojada a ese mar profundo no llegaba al fondo del abismo, sino que se mantenía entre dos aguas apenas llegaba al punto en que la densidad del líquido era igual a la del hierro. Recientes experimentos han demostrado, no obstante, que la presión es tan ligera que no constituye un impedimento para que puedan vivir en el fondo de los abismos los peces que nadan en la superficie del mar. Además, si esa fuerza fuera tan enorme como se creía, ¿cómo vivirían los crustáceos que pueblan esos insondables fondos marinos? Sería preciso que fueran tan resistentes como el hierro, y lo son mucho menos.

—La demostración es clara, padre mío... Pero ¡está lloviendo!

—El tiempo se pone malo. Retírate, Ana, que pronto tendremos un huracán de los

más furiosos, y en el puente no se podrá estar a causa del viento.

Efectivamente, la tempestad avanzaba con rapidez, ocultando la bóveda celeste y obscureciendo el Océano Pacífico, que una vez más iba a desmentir el nombre que le dió Magallanes.

La tripulación estaba toda sobre cubierta, dispuesta a sostener la lucha, y se veía a todos interrogar con ansiedad las nubes y las olas.

Aquellos lobos de mar presentían una tempestad terrible. Sólo el náufrago, que seguía sentado a proa sobre un lío de cuerdas, parecía tranquilo y sonreía a cada mugido de las olas, mirando con ojos de fuego al teniente Collin, como si meditara un siniestro proyecto.

CAPITULO VI

EL DELITO DEL NÁUFRAGO

El Océano Pacífico se encrespaba a ojos vistas. Parecía que una fuerza misteriosa, subiendo desde los inmensos abismos del fondo, lo levantaba cada vez más. Montañas de agua, que así podían llamarse, venían del Sud, montando las unas sobre las otras, hasta romper en espumas que se abrían como un lienzo blanco sobre la pronunciada ondulación de las aguas. Con largos mugidos chocaban contra los flancos de la nave, que se estremecía desde la sentina a la borda y se inclinaba, ora de babor, ora de estribor, con balanceos violentísimos, semejándose algunas veces a un caballo encabritado.

El mar había perdido su azul brillante y aparecía entonces obscuro, casi igual en negrura a las nubes, que corrían desorde-

nadamente, acumulándose en los inmensos espacios del cielo.

El viento, que poco antes era ligero, parecía impaciente por volar y corría impetuoso de Norte a Sud o del Este al Oeste, con tendencias a adquirir un movimiento circular. Silbaba al través de las mil cuerdas de la «Nueva Georgia», chocaba con furor en palos y escalas, haciéndoles curvarse, y hacía crepitar las velas hinchadas como si fueran a reventar.

El capitán Hill vió con gran emoción, al consultar el barómetro, que señalaba la cifra extraordinaria de ¡705 milímetros!

—Es un verdadero tifón lo que va a asaltar-nos—dijo al teniente Collin, que se había colocado cerca del timonel.

—Pero ¿cómo se forman estos tifones que han adquirido tan triste celebridad en los mares del Japón, de la China y del Gran Océano?—preguntó el teniente.

—Nacen generalmente del encuentro de dos o más corrientes de aire contrario, las

cuales provocan un movimiento de rotación peligrosísimo para las naves que se encuentran en medio.

—¿Y abarcan mucho radio?

—Cuatrocientos o quinientos kilómetros comúnmente; pero se han observado ciclones de mil kilómetros de extensión, y temo que este que se está formando sea tan amplio, porque la depresión barométrica es considerable.

—¿Qué dirección llevan ordinariamente?

—Van del Sudoeste al Nordeste, y su movimiento circular en el encuentro de las dos corrientes es de derecha a izquierda.

—¿Tendremos también tromba marina?

—Es probable, teniente, y por lo mismo haremos bien en preparar el cañoncito.

—¿Queréis deshacerla con la bala?

—Basta la detonación las más de las veces para romperla de un golpe. La bala sería inútil, porque se limitaría a atravesar la columna de agua.

—Pero eso ¿no es peligroso para una nave que se halla a poca distancia?

—Sí, es verdad, porque la masa líquida, al precipitarse sobre el mar, levanta olas enormes; pero todo se debe intentar antes que dejarse abatir por esa furiosa columna líquida, dotada de tal fuerza rotatoria que puede levantar y transportar a larga distancia barcos enormes.

Un relámpago que hendió la masa de nubes como si fuera una gigantesca cimitarra, seguido a poco de un fuerte trueno, cortó la conversación.

El capitán Hill dejó aquel sitio y subió al puente de mando para dirigir la maniobra, mientras el teniente Collin marchó a proa, donde los hombres se disponían a amainar los foques y a afirmar las velas bajas.

El huracán se acercaba con rapidez extraordinaria, revolviendo el mar y el cielo. Impetuosos golpes de viento, después de empujar y elevar las olas, que subían con tremendos mugidos, se encontraban, che-

cando unas con otras, sobre la «Nueva Georgia», que huía hacia el Sudoeste con la rapidez de un pájaro.

El Sol había desaparecido hacía algunas horas, y una profunda obscuridad pesaba sobre el Gran Océano. A la luz de los relámpagos se veían voltear en el aire, impulsados por la fuerza del ciclón, los grandes albatros, con sus plumas blancas y negras, su pico grueso y fuerte hasta poder romper el cráneo de un hombre, y sus amplias alas, que medían no menos de cinco metros de extensión.

Se les veía luchar con el viento, dar desordenadas vueltas sobre las velas, y se escuchaban, sobresaliendo de los mugidos de la naturaleza irritada, sus gritos agudos y discordantes.

Los mismos habitantes del mar parecían inquietos, pues se divisaba cruzar rápidamente por las olas numerosos escualos con poderosas mandíbulas dotadas de tres hileras de dientes, y lanzarse al aire bandadas de «exocoetus evolans», extraños peces

UN DRAMA EN EL OCEANO

provistos de largas aletas, semejantes a las alas de los pájaros, y que, dando en el agua un coletazo, recorren volando una distancia de ciento cincuenta a doscientos metros, para elevarse otra vez apenas caídos al mar, ayudándose al efecto con las aletas pectorales lo que hace creer que tienen cuatro poderosas alas.

A pesar de verse asaltada por todos lados por el oleaje, que barría por completo el puente, la «Nueva Georgia» se portaba bien y se mantenía valientemente frente al huracán.

Guiada por la férrea mano del viejo Asthor, manteníase sobre la vía del Sudoeste, para refugiarse, en caso desesperado, en la ensenada de cualquier isla. Corría desenfadadamente la pobre nave, cubriéndose de agua de proa a popa; caía en el fondo de los abismos espumosos y enseguida montaba hasta la cresta de las montañas de agua para hundirse otra vez, tocando casi el mar con el árbol de bauprés, tanto se inclinaba de proa; pero siempre salía victo-

riosa de aquellos asaltos que no la dejaban tregua.

A poco, por la parte del Sur, cuando el viento, ya desencadenado, perdió toda dirección, girando en todos sentidos y provocando los encuentros de corrientes, que son generadores de los ciclones, apareció una especie de cono que parecía bajar de las nubes para caer sobre la revuelta superficie del Océano.

El capitán Hill, aunque muy valiente y dispuesto a todo, palideció al ver el fenómeno.

—Se forma una tromba hacia el Sur—dijo dirigiéndose al teniente Collin, que se le había acercado sobre el puente de mando.

—La «Nueva Georgia» huye rápidamente, señor—respondió el teniente—. Ya estaremos lejos cuando se haya formado la tromba.

—Confiemos en Dios. No temo por mí, sino por mi pobre Ana.

—Esperanza, señor...

El huracán crecía cada vez más. Los golpes de viento eran tan impetuosos que parecían salir de un inmenso fuelle colocado cerca de la nave. Sacudía horriblemente los palos, rasgaban las velas, hacían voltear como a plumas a los más pesados objetos. Era tal la desolación y el ruido en la arboladura, que podía temerse un total derrumbamiento.

Olas sobre olas caían sobre la nave, bariendo la cubierta de proa a popa, de babor a estribor, haciendo gemir el cordaje y los palos, produciendo averías en los botes y abriendo brechas en la obra muerta. Parecía que iban a acabar por abrir los flancos del buque y hundirlo en los espantosos abismos del Océano Pacífico.

La noche había llegado, una noche negra como el fondo de un barril de alquitrán. No se veía más que tinieblas, las cuales se habían extendido por todo el Océano, como si de momento en momento quisieran hacer más peligrosa y más horrible la situación de la «Nueva Georgia».

Solamente en el horizonte brillaba de vez en cuando algún relámpago, y a su rápida luz se veían correr por la cubierta marineros con el cabello en desorden, los rostros pálidos y los ojos desmesuradamente abiertos. Sobre el puente de mando veíase la alta silueta del capitán Hill, y a proa la tétrica figura del náufrago.

En medio de los ruidos de la tempestad, los silbidos agudísimos del viento y los rugidos de las olas, se oían incesantemente en las profundidades de la estiba los gritos poderosos de los doce tigres, los cuales, aterrados, locos de miedo, en el paroxismo de la rabia, se debatían furiosamente dentro de sus jaulas.

Hacia la media noche, una ráfaga, más impetuosa que las otras, chocó con tal violencia con el buque, que materialmente lo levantó de popa, casi sumergiéndolo la proa.

El capitán Hill, temiendo que la «Nueva Georgia» cayera de costado para no levantarse más, ordenó amainar las velas del trinquete y de mesana, contentándose con

mantener desplegadas las velas bajas.

Algunos marineros pretendieron subir a las vergas; pero las sacudidas que daba la nave y los golpes de mar, cada vez más densos, lo impidieron, viéndose obligados a bajar a cubierta para no ser lanzados al mar. Dos hombres, después de correr mil peligros, pudieron recoger la vela de mesana y enrollarla.

La de trinquete, impelida por las ráfagas, daba tan violentos golpes que comprometían la seguridad del navío y amenazaba romper el palo. Era necesario arriarla, o por lo menos cortarla de una cuchillada.

El segundo, señor Collín, joven valiente que desafiaba con intrepidez los peligros, al ver que eran vanos los esfuerzos de los marineros, se lanzó a proa y aferrándose fuertemente a las escalas, se elevó en las tinieblas. Otro hombre le había seguido: era el náufrago.

Sin ser visto, había aprovechado la obscuridad profunda y el terror de los mari-

neros, arrojados contra las bordas por los golpes de mar, y saltando a las escalas con la agilidad de un mono, subió a fuerza de brazos, llegando al mismo tiempo que el teniente a las vertiginosas alturas.

—¿Vos aquí, Bill?—le preguntó el segundo al verle cerca.

—Sí, señor teniente—respondió el náufrago con acento extraño—. ¿Os sorprende?

—¿Por dónde habéis subido?

—Por la escala.

—Ayudadme, pues.

El teniente montó en el penol, manteniéndose sujeto a la barra de hierro que hay encima, y apoyando los pies en la cuerda que pasa por debajo, trató de recoger el cabo de maniobra para enrollar la vela. De pronto sintió que dos manos vigorosas le agarraban por la garganta, con tal fuerza que le imposibilitaban de dar un solo grito. Haciendo un esfuerzo desesperado volvió la cabeza y vió ante sí la tétrica figura del náufrago, en cuyos labios se dibujaba una satánica sonrisa.

Abandonó con una mano la barra para poder defenderse, pero el náufrago era robusto y en aquel momento parecían haberse triplicado sus fuerzas.

El buque, castigado por las olas, cabeceaba furiosamente, y el viento sonaba con rugidos tremendos entre la arboladura y hacía oscilar a los dos hombres; pero la lucha continuaba, sin que entre ellos se cambiara una sola palabra. El pobre teniente, que no podía abandonar el penol para no estrellarse sobre el puente del buque, sólo oponía una débil resistencia y comenzó a sentirse estrangulado por su enemigo.

Aquella lucha entre el cielo y el mar, en medio de negras tinieblas y de la borrasca que rugía, duró un solo minuto. El señor Collin se sintió arrastrado casi hasta la extremidad del penol y perdió los sentidos.

El náufrago esperó a que la nave se inclinase de estribor, manteniéndose sujeto al penol con las piernas y entonces pre-

eipitó a la víctima en el revuelto Océano, cuyas aguas se abrieron para sepultarla.

—Uno que no hablará más—murmuró sordamente el náufrago—. ¡Anda a contar a los peces si vengo o no de la isla de los forzados!

Giró los ojos en torno suyo para ver si alguien le había visto, y bajó silenciosamente a cubierta, confundiéndose bien pronto entre la tripulación.

CAPÍTULO VII

LOS ESCOLLOS

Ni el capitán Hill, que se hallaba sobre el puente de mando, ni el viejo Asthor, que concentraba todos sus esfuerzos en la barra del timón para mantener el barco en el buen camino, ni la tripulación, muy ocupada en las maniobras, en eludir las olas que a cada momento inundaban la cubierta, y, sobre todo, en cuidar de las

velas bajas, se apercibieron de la caída del teniente Collin.

El irritable mar y las tinieblas habían ocultado aquel asesinato, tan detenidamente premeditado por el siniestro hombre y tan friamente consumado.

Una vez en cubierta el naufrago, se había deslizado cautelosamente a proa y parecía ocupado en la maniobra de los focos, seguro de no haber sido visto por nadie, pues la obscuridad no permitía distinguir nada a pocos metros de distancia. A pesar de su aparente calma, más de una vez se había inclinado sobre la proa para observar profundamente aquellas aguas irritadas, y escuchando con atención, ante el temor de que el pobre teniente siguiera al barco y pidiese socorro.

Seguramente la conciencia de Bill, por mucho que fuera en los delitos, no debía estar tranquila en aquellos momentos, porque cada vez que tropezaba con las miradas de algún marinero, palidecía horriblemente y se dibujaba en sus labios la

extraña sonrisa que casi nunca le abandonaba, y que era como una mueca de su perversidad.

Pasaron diez minutos, y la «Nueva Georgia», impelida por el huracán, había recorrido una milla, cuando el capitán Hill, viendo todavía semidesplegada la vela y no distinguiendo entre la tripulación al teniente, se puso a grita:

—¡Eh, señor Collin! ¿Dónde estáis? ¿Queréis algún auxilio?

Sólo contestaron a aquella pregunta los mugidos de las olas y los silbidos, cada vez más estridentes, del aire.

Creyendo el capitán que no le había oído, abandonó el puente de mando y se colocó al pie mismo del palo trinquete, tratando de distinguir al teniente entre las velas y el cordaje; pero la obscuridad era tan profunda que nada pudo ver.

—¡Señor Collin!—repitió con voz potentísima.

También esta vez quedó sin contestación la pregunta.

—Apostaría un penique contra una libra esterlina a que el señor Collin está en lo alto del palo—dijo un marinero que salió del castillo de proa, y se acercó para ver mejor.

—¡Imposible!— exclamó el capitán, poniéndose pálido.

—Sin embargo, señor, yo no lo veo ni en la cofa, ni en la cruceta, ni en los penoles—añadió el marinero.

—¿Le habrá ocurrido alguna desgracia? Pero, ¿cuándo?... ¿Cómo?... ¿Habéis oído algún grito?

—Ninguno, señor—respondieron los marineros, que se habían agrupado cerca del palo.

—¿Ni le habéis visto descender?

—No.

—¿Se habrá caído al mar?

En aquel momento un relámpago rompió la obscuridad que pesaba sobre el Océano. Todos los ojos se fijaron en la alta vela y todos vieron perfectamente que el segundo no estaba allí ni en el palo.

—¡Gran Dios!—exclamó el capitán haciendo un gesto de desesperación.

Lanzóse hacia la amura de babor, escrutando las olas, y gritó lo más fuerte que pudo:

—¡Señor Collin!... ¿Dónde estáis?... ¡Responded en nombre de Dios!...

Tampoco tuvo aquella llamada mejor éxito que las otras. El mar seguía rugiendo, el viento silbaba a través de la arboladura, pero no se oía ninguna voz humana mezclarse a la enfurecida voz de la tempestad.

—¡Perdido!—exclamó el capitán Hill con desesperado acento—. ¡Asthor, viremos a bordo!

—La tempestad es violenta, señor, y las combaten los flancos—dijo el viejo marinero.

—¡Es preciso intentar salvarle!

—¡Reparad, señor, que ponemos en peligro al buque!

—¡No importa, Asthor!... ¡Hay que afrontarlo todo por salvarle! ¡Vosotros a

las velas! ¡Dispuestos, que se va a virar!

Era una locura pretender virar de bordo con aquel huracán que asaltaba furiosamente a la «Nueva Georgia». Las olas, al estrellarse contra un costado, podían remover la carga de la estiva y determinar la catástrofe; pero el capitán Hill era un hombre de gran corazón, que quería mucho a sus gentes, y pretendía intentar a todo riesgo la salvación del desgraciado teniente.

Bajo la robusta mano del viejo piloto la «Nueva Georgia» viró de bordo, presentando por algunos instantes el costado a la fuerza de las olas. Bajo el impulso formidable de aquella masa líquida, a la que el viento empujaba con extraordinario poder hacia el Este, se llegó a tener por inevitable el naufragio; pero el barco pudo dar prontamente la vuelta y se halló sobre el camino recorrido, afrontando con su afilada proa el huracán, que entonces se le presentaba de frente.

El capitán Hill y gran parte de la tripulación, agarrados al castillo de proa,

escrutaban ávidamente entre las tinieblas y de cuando en cuando llamaban a gritos al teniente. El artillero de a bordo había hecho conducir a cubierta el pequeño cañón y lo descargaba a intervalos de dos o tres minutos.

Alguna vez, entre el fragor de las olas, parecía oirse una lejana voz y un grito de angustia; pero en seguida la tripulación se convencía de haberse engañado. El viento, cuando silba entre la arboladura, produce muchas veces sonidos tan extraños que se les suele confundir con gritos de náufragos.

—¡Está perdido!—exclamaba el capitán mesándose los cabellos—. ¡Pobre Collin!... ¡Tan bueno, tan valiente y tan joven!... ¡Oh, temo que no voy a verle más!

—Si estuviera vivo, hubiera respondido a nuestros gritos y a nuestras señales, señor—dijo el viejo Asthor, que había confiado el timón al contraмаestre.

—Pero, ¿cómo ha podido caer sin dar una voz y sin que le viéramos?

—Le faltarían de pronto las fuerzas, y el viento lo arrancaría del penol. Tal vez lo derribara una sacudida.

—Pero ¿sin dar un grito?

—Quizá recibiría un golpe que le privó de sentido.

—Hay que suponerlo así, Asthor.

—Si cayó, a estas horas el pobre oficial reposa en el seno de las aguas. Volvamos ruta, capitán.

Seguir luchando contra la tempestad, que había girado al Oeste, no era prudente. Es verdad que el buque era sólido, pero de un instante a otro podía ceder ante los esfuerzos, cada vez más poderosos, de aquella masa líquida.

La «Nueva Georgia», guiada por Asthor, que había recobrado la barra del timón, viró nuevamente de a bordo y recobró la ruta primera, dejándose llevar por el huracán, que no parecía con tendencias a ceder.

No obstante, ni el capitán Hill ni la tripulación dejaban de mirar ansiosos hacia

el Océano, cuyas ondas se habían tragado al señor Collin, y aunque ya estaban lejos del sitio en que debió ocurrir el accidente, no por eso dejaban de inclinarse sobre las bordas, como si tuvieran la esperanza de ver flotar el cadáver del audaz y esforzado marino.

Un hombre sólo parecía contento de alejarse de aquellos sitios, y este hombre era el náufrago, que ya se consideraba seguro, sabiendo que el Océano no restituye sus presas, y que sabe guardar muy bien los secretos. Al principio había tenido miedo, sobre todo cuando el buque viró, no estando cierto de que el teniente hubiera muerto; pero ahora nada tenía que temer y podía respirar tranquilo.

El delito no había tenido testigos; nadie había presenciado la escena que se desarrolló en el penol: ¿a quién, pues, temer?

Entretanto, la «Nueva Georgia» seguía huyendo ante el huracán, con una velocidad que el capitán Hill estimaba superior a trece nudos. Se acercaba a la isla en la

que, según había dicho el náufrago, debían encontrarse los supervivientes de la catástrofe que relató.

Podía asegurarse que no estaba lejana la isla, porque ya el Océano rompía sus olas con mayor furia, señal evidente de que estaba para ser encerrado entre las islas del archipiélago Figiano.

Hacia las dos de la mañana, un marinero que había subido al castillo de proa para enrollar la vela del trinquete, señaló un fuego que se divisaba hacia el Sudeste.

El capitán Hill dirigió el anteojo en aquel sentido, y descubrió un punto luminoso que aparecía y desaparecía, según las montañas de agua subían o bajaban.

—¿Estamos ya en el archipiélago Figiano?—se preguntó—. Quisiera estar todavía a trescientas leguas de distancia, más bien que encontrarme cerca de esa tierra con esta tempestad.

En aquel momento apareció miss Ana sobre el puente. La valerosa joven llevaba

puesto un largo abrigo de tela impermeable y no parecía asustada, aunque la «Nueva Georgia» seguía cabeceando con fuerza y las olas barrían la cubierta, corriendo de proa a popa.

—¿Dónde estamos, padre mío?—preguntó.

—¡Qué locura, Ana, subir al puente con este huracán!—dijo el capitán, saliendo a su encuentro.

—Estoy intranquila, papaíto, y me parece que cerca de tí no corro peligro alguno. ¿No tiende a cesar el temporal?

—Todavía no, y temo que se prolongue mucho.

—¡Qué noche tan horrible!

—Tremenda, Ana, y desgraciada para uno de nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Collin no está ya en el buque.

—¡Muerto!

—Ha desaparecido mientras hacía una maniobra en la arboladura.

—¡Qué desgracia!—exclamó la joven

con la voz sofocada—. ¡Muerto! ¡El, muerto!

Dos lágrimas cayeron por sus mejillas y un sollozo desgarró su pecho.

—¡Muerto!—repitió por tercera vez—. ¿Y tú no le has salvado?

—Nadie le vió caer al mar, y cuando me apercibí de su desaparición, estábamos ya muy lejos.

—¿Y no volvisteis atrás?

—Viramos de a bordo, con riesgo de naufragar, y buscamos detenidamente; pero el desgraciado había desaparecido.

—¡Ah, padre mío!

—¡Tierra a proa!—gritó en aquel momento un marinero.

—¡Los escollos a estribor!—gritó otro que se mantenía derecho sobre la amura, agarrado a las escalas del palo mayor.

—¡Gran Dios!—exclamó el capitán Hill—. ¿Dónde estamos?

Iba a dirigirse a proa, cuando un hombre le cerró el paso; este hombre era el naufrago.

—¿Qué queréis, Bill?—le preguntó.

—Si deseáis conservar la vida, mandad enrollar las velas y procurad pasar de largo—respondió el náufrago con voz sorda.

—¿Conocéis estos lugares?

—Sí, capitán.

—¿Dónde estar os?

—Ante los escollos de Figii-Levú.

Echóse a un lado para dejar paso al capitán y se acercó a miss Ana, que aparecía todavía aterrada por la desgracia de Collin y que se esforzaba en sofocar sus sollozos.

—Señorita—le dijo mirándola con ojos que lanzaban relámpagos—, ¿queréis que los salve a todos o que todos perezcan?

La joven levantó la cabeza, que tenía inclinada sobre el pecho, y miró con estupor a aquel hombre que le dirigía tan extraña pregunta.

—¿Qué habéis dicho, Bill?—le preguntó:

—El buque está perdido, señorita.

—¿Cómo lo sabéis?

—Está sobre los escollos, y dentro de

pocos minutos embarrancará en los arrecifes coralíferos de Figii-Levú.

—¡Pues salvadle!

—¿Lo queréis, miss Ana?

—¿No va en ello la vida de todos?

El náufrago levantó los hombros con indiferencia, y añadió con voz sorda:

—Es a vos a quien deseo salvar, porque no quiero que muráis entre los dientes de los caníbales.

Se lanzó en seguida a popa y miró por algunos instantes alrededor de la nave. El mar bullía furioso por todas partes, levantándose en olas altísimas, que producían al romperse fragor de truenos. Rugía terrible sobre los bajos fondos que lo aprisionaban, tratando de destruirlos.

Al Este, a través de las tinieblas, se alzaba confusamente una enorme masa rodeada de una serie de agudos picos, cuyas puntas se perdían entre las nubes, que corrían en todas direcciones llevadas por el viento, que parecía loco.

El náufrago, de un salto de mono, logró

ponerse ante el capitán, que corría hacia el puente de órdenes.

—¡ Señor!—dijo.

—¿Qué queréis, Bill? Explicaos pronto que los minutos son preciosos.

—Si queréis que vuestro buque no se estrelle contra los escollos, es necesario que me confiéis el mando sólo por algunos instantes.

—¿Qué vais a hacer?

—Salvar vuestro buque, he dicho.

—¿Sois capaz de realizar ese milagro?

—Conozco esta isla y sus escollos, señor.

—Mandad, pues.

El náufrago subió al puente, tomó el portavoz y gritó:

—¡ Asthor, orza la barra!... ¡ Dos anclas a pico a proa!

El viejo timonel obedeció. La «Nueva Georgia», ante aquel cambio del timón, viró en seguida, presentando la proa a las olas. Al mismo tiempo, los marineros dejaron caer las dos anclas, que se afianzaron sólidamente en el suelo rocoso del bajo

fondo. Cuando vió detenerse al buque, el náufrago se acercó al capitán, que lo había dejado en el puente, y le dijo:

—¿Tenéis aceite a bordo?

—¡Aceite!—exclamó Hill, mirándole con profunda sorpresa.

—De vuestra respuesta depende la salvación del buque.

—Pero ¿qué queréis hacer?

—Ya lo sabréis. Haced traer a cubierta todo el aceite que haya.

Dos marineros, obedeciendo al capitán bajaron a la despensa y volvieron en seguida al puente, llevando dos barriles de sesenta o setenta litros de capacidad cada uno. El náufrago, sin perder tiempo, porque la nave, anclada como estaba, subía de proa por los esfuerzos del agua que amenazaba romper las cadenas y echarla a pique, hizo llenar de pequeños agujeros dos sacos de tela muy fuerte, vertió el aceite en los sacos y los mandó llevar uno a babor y otro a estribor.

Entonces, ante las miradas de toda la

tripulación estupefacta, sobrevino un fenómeno extraño, maravilloso. Apenas aquellos dos sacos, por cuyos pequeños agujeros salía lentamente el aceite, tocaron el agua, las olas cesaron como por encanto en aquel sitio.

Donde tocaba el aceite, que se extendía rápidamente, el agua se tornaba tranquila, sin contracciones, sin oleaje, manteniendo el buque casi inmóvil; pero fuera de aquella zona se veía al mar debatiéndose con extremada rabia, como si quisiera protestar de aquella calma forzada.

El naufrago, acercándose entonces al capitán estupefacto, le dijo:

—Si las anclas no ceden, podremos esperar con plena seguridad al alba de mañana, y tal vez veamos que el huracán se calma. Si las cadenas se rompen, todo ha concluído para nosotros y para nuestros compañeros, porque ante nosotros se halla la isla de los caníbales... ¡Esperemos!

CAPITULO VIII

ENCALLADOS EN LOS ARRECIFES DE FIGUI-LEVÚ

El medio de calmar el oleaje derramando aceite no es tan moderno como generalmente se cree. Aunque este recurso, que puede prestar inmensos servicios a los navíos combatidos por las fieras tempestades del Océano, sea desconocido para muchos capitanes y marineros, es, sin embargo, antiguo, toda vez que antiguos escritores hacen mención de sus sorprendentes resultados. Plinio, por ejemplo, en su «Historia natural», demuestra su eficacia, y Plutarco dice también algo sobre esto; pero es lo cierto que durante varios siglos nadie se cuidó de comprobar el fenómeno. El mérito debía corresponder al célebre defensor de la independencia de los Estados Unidos, a Franklin, el cual, en 1757, habiendo observado que los pescadores de las islas Bermudas echaban aceite en el

ma: para calmar, como ellos decían, las ondas tembladoras, tuvo ocasión de demostrar su eficacia. Sin embargo, bien pocos adoptaron el sistema y, como decimos antes, hoy mismo lo ignoran muchos.

Los balleneros, cuyas naves están siempre más o menos impregnadas de aceite, habían notado que las olas se calmaban junto a sus barcos, especialmente durante la fusión de las materias grasas, y habían notado también que el aceite de pescado, especialmente el de la foca y el delfín, es más eficaz, habiendo comprobado que los aceites minerales eran demasiado ligeros y los vegetales de poca eficacia en las latitudes altas, porque son fáciles de descomponerse.

Han tenido que pasar muchos años antes de que este maravilloso descubrimiento haya sido adoptado, si no por los buques pequeños, al menos por los de gran porte que emprenden largos viajes. Puede decirse, pues, que sólo en estos últimos años ha sido tomado en consideración el hecho,

combatido antes con gran energía, pues se creía que el mar se tornaba, después de la experiencia, tan borrascoso, que era fatal para otras naves aventurarse por las aguas donde algún tiempo antes se había derramado aceite.

La oficina hidrográfica de Wáshington ha demostrado plenamente los grandes beneficios que reporta a las naves dicho recurso, haciendo muy repetidas experiencias, lo mismo con barcas que con grandes navíos.

Las barcas de salvamento de la Australia, que desde muchos años se ejercitan en pasar entre los escollos durante el mal tiempo, han evidenciado, con ayuda del aceite, que el mar se aplaca de pronto, y que la superficie que se torna en calma es la que se engrasa, continuando en la otra el oleaje.

Al aceite debieron su salvación el piróscafo «Stokolm City», en su travesía de Boston a Inglaterra; la «Nehemiah Gilson», del capitán Bailey; el «Emily Wit-

ney», del capitán Rollin, sorprendido por un furioso huracán el 25 de Agosto de 1886; la «Marta Cobb», en su viaje de América a Europa; el «Meno», del Lloyd Alemán, al mando del capitán Kuhlmann, etcétera. Sin el recurso del aceite, todos estos buques hubieran zozobrado, y quién sabe si no hubiera sobrevivido ni uno siquiera de sus tripulantes para dar al mundo la noticia del siniestro.

No se crea, por otra parte, que sea necesaria una gran cantidad de aceite para lograr el efecto deseado. La substancia grasa se dilata con rapidez inmensa, permanece rodeando la nave, aunque ésta camine, y bastan dos sacos de tela gruesa con pequeños agujeros, llenos de aceite y suspendidos a proa y a popa o a babor y estribor, siguiendo la dirección del barco, para hacer un largo recorrido en seguridad.

A falta de sacos, basta hacer caer el aceite en las toldas, después de haberles hecho pequeños agujeros, y colocarlas so-

bre el mar, de modo que el aceite vaya cayendo poco a poco.

Se ha comprobado en diez y siete experiencias que el gasto de aceite fué sólo de 1,83 litros por hora; otras doce experiencias dieron un consumo de 2,70 litros, también por hora; pero se trataba de barcos que huían en dirección del viento, y, por lo tanto, el aceite se consumía con mayor facilidad.

Las causas que producen este fenómeno son muy fáciles de explicar.

No siendo el aceite penetrable ni al aire ni al agua, la cohesión de sus moléculas es tal, que al ser arrojado no se convierte nunca en lluvia. El viento, que no puede penetrar al través de una capa grasa, deja intacta la que cubre el agua, y ésta, al no ser empujada por el aire, permanece tranquila. Lo mismo ocurre considerando el fenómeno al revés. Las olas se dilatan debajo del aceite, pero como no pueden penetrarle, sólo forman ondulaciones ligeras, perceptibles sólo en alta mar.

La «Nueva Georgia», apoyada sobre la capa oleosa, que oponía una fiera resistencia al reflujó de la resaca, por más que su espesor era sutilísimo (se calcula que no pasa de 1/90.000 de milímetro) permanecía casi inmóvil, hallándose inmediata a los bajos fondos de la isla.

Las montañas de agua que el viento levantaba a prodigiosa altura, rompíanse violentamente en cataratas coronadas de blancas espumas contra los bordes de la capa de aceite, y al extenderse éste, las calmaba de pronto.

Su curvatura enorme bajaba como por encanto y, pasando tranquilas bajo la zona invulnerable, salían al otro lado, volviendo a levantarse con furor extremo, hasta que chocaban contra los escollos.

—¡Es maravilloso este fenómeno!—dijo miss Ana, que contemplaba el mar desde la amura de popa.

—Maravilloso y fácil de explicar—añadió el capitán Hill—. Sin embargo, he nece-

sitado que me lo enseñe un marinero, a mí, que navego hace treinta años.

—¿Lo habrá usado Bill en otras ocasiones?

—O él o un capitán, sin duda.

—¿Cualquier aceite tiene la propiedad de calmar el mar?

—Sí, y ahora que recuerdo te diré que cualquier materia oleosa puede prestar igual servicio. He observado muchas veces que todos los desperdicios de las cocinas de los barcos y todos los cuerpos grasientos producen en las olas, al caer al mar, una paralización.

—Es cierto—dijo una voz detrás de ellos.

—¡Ah! ¿Eres tú, Bill?—exclamó el capitán—. Deja que te dé las gracias por habernos salvado. Sin ti, la «Nueva Georgia» estaría ya destrozada.

Una enigmática sonrisa desfloró los sutiles labios del naufrago.

—No hablemos de esto—dijo—. Bastante habéis hecho por mí. Estamos en paz.

—¿Has hecho alguna vez esta experiencia?—preguntó el capitán Hill.

—Sí, a bordo de una nave ballenera. El capitán había observado varias veces que durante la fusión de las grasas de ballena, cuyos residuos se arrojaban al mar, las olas no se estrellaban contra el barco. Durante una horrible tempestad en el mar de Behring se acordó de aquél fenómeno, y echando aceite en el agua, vió calmarse las olas.

Además, no es solamente el aceite el que tiene la propiedad de hacer cesar el oleaje, porque después se ha demostrado que todos los cuerpos oleaginosos en masa compacta oponen una gran resistencia a la disgregación de las partículas del agua del mar. En la bahía de Bristol, que se encuentra en la América septentrional, al lado de la península de Alaska, mientras atravesábamos un espacio de mar cubierto de numerosos bloques de hielo, vi que las olas se debatían furiosas alrededor de nosotros, mientras el agua permanecía

tranquila bajo los bloques. Entonces noté que algunos balleneros habían arrojado allí los residuos del aceite.

—Os creo, porque yo mismo he observado un hecho semejante. Atravesando un banco inmenso de sardinas, que son grasosas, hallé al mar en perfecta calma, mientras en las inmediaciones las olas se alzaban a prodigiosa altura.

—¿Conocéis la isla que tenemos delante?— preguntó Ana al náufrago, mostrándole la masa enorme que se distinguía confusamente en la obscuridad.

—Es Figii-Levú, no me engaño—respondió el marinero.

—¿Y en esa tierra se encuentran vuestros compañeros?

—Sí, miss.

—¿Sabéis dónde están?

—Cuando dejé la isla quedaron acampados junto a una pequeña bahía en la costa occidental; pero sé que pensaban dejarla porque habían sido descubiertos y amenazados por los salvajes.

—¿Dónde estarán ahora?—preguntó el capitán.

—Lo ignoro, pero los encontraremos.

Dicho esto, el náufrago pareció abismarse en profundos pensamientos, y no habló más.

El capitán Hill y su hija abandonaron la popa y se dirigieron a proa, donde la tripulación se ocupaba en lanzar otra ancla, llamada de esperanza, que es la mayor, y que en vez de cadena lleva una gruesa maroma.

El mar se mantenía en calma alrededor de la nave; pero más allá de la zona engrasada las olas se debatían furiosas, con tremendos mugidos y produciendo algunas oscilaciones bajo la capa aceitosa, oscilaciones que se notaban en la «Nueva Georgia».

La materia grasa, que se veía brillar a la luz de los relámpagos en una extensión de tres cuartos de milla a sotavento y barlovento, tendía a ser rota por el aire y el agua; pero en seguida sus partículas por la fuerza de la cohesión, se unían nueva-

mente, oponiendo una resistencia increíble a los desencadenados elementos.

El aceite no faltaba, y en él estaba la única esperanza de salvar la nave. Sin embargo, el capitán y Asthor notaron bien pronto que las anclas, tal vez porque el fondo era poco resistente o demasiado blando, empezaban a ceder, dejándose llevar hacia las islas de los antropófagos.

—¡Mal descubrimiento!—dijo el capitán a Ana—. Si las anclas no encuentran un fondo rocoso, dentro de dos horas estaremos a muy pocas millas de la isla.

—Sin embargo, el mar está muy tranquilo alrededor de nosotros—observó la joven miss.

—No es el mar lo que nos empuja; es el viento, que arrastra nuestro buque hacia el Sudeste.

—¿Son feroces los habitantes de Figi-Levú?

—Tan feroces, que los mismos hermanos se devoran unos a otros. Se dice que son los antropófagos más crueles de todas

las islas del Océano. No quisiera que nos tocara a nosotros la desgracia que cupo a la «Unión».

—¿Qué era la «Unión»?

—Un hermoso y sólido buque americano perteneciente al departamento marítimo de Nueva York y con una tripulación numerosa. Había partido hacia fines de 1799 con dirección a Tonga-Tabú, una gran isla que dista de aquí pocas docenas de leguas, pero que tiene triste celebridad.

»Llegado el buque a la isla, los salvajes lo asaltaron y mataron al capitán y a tres marineros. Iban ya a hacerse dueños del barco, cuando el segundo de a bordo tuvo la feliz ocurrencia de cortar las amarras que sujetaban las anclas y huyó prontamente.

»Los isleños, que son tan hipócritas como feroces, fingieron mostrarse pesarosos de lo ocurrido y mandaron a decir al oficial que volviera a Tonga para hacer las paces. Cayó éste en la emboscada y volvió hacia la isla; pero apercebido a tiempo de

que los salvajes trataban de apoderarse del barco, huyó definitivamente.

»La desgracia pesaba, sin embargo, sobre aquel buque, pues cinco días después naufragó cerca de Figii-Levú y la tripulación toda fué devorada por aquellos feroces aficionados a la carne humana.»

—¿Y no pudieron defenderse aquellos desgraciados marineros?

—Los polinesios son valientes y no temen a las armas de fuego. Cuando un barco se acerca a sus costas, nada les contiene y saltan al abordaje con un intrepidez que espanta. Además...

No siguió hablando. Se inclinó bruscamente sobre la borda y miraba con profunda atención el agua que tomaba la forma de una ola sacudiendo a la «Nueva Georgia».

—¡Hemos tocado!—exclamó.

—¿Dónde?—preguntó Ana poniéndose pálida.

—En el fondo.

—¿No te engañas?

En aquel momento, por la proa, se elevó un clamor agudo. Los marineros corrían de babor a estribor, mirando al agua e interrogándose con ansiedad.

—¿Estamos sobre un escollo?

—No veo nada.

—¿Hemos embarrancado?

—¡No!

—¡Sí!

—¡El barco arrastra la quilla por el fondo!

—¡Todo el mundo en silencio!—gritó Asthor—. ¡Echad la sonda, o será demasiado tarde!

El capitán Hill, presa de la más viva emoción, como puede comprenderse porque la nave podía quedar sujeta de un momento a otro, corrió a proa seguido de Ana.

—¿Hemos varado?—preguntó.

—Lo temo, capitán—respondió Asthor con voz alterada.

—¿Cuántos pies de agua tenemos?

—¡Siete!—exclamó el marinero, que en aquel momento retiraba la sonda.

—¡Gran Dios!—exclamó el capitán Hill—. ¿Dónde está el náufrago?

—Aquí, señor—contestó Bill presentándose.

—¿Tú dices que conoces estos parajes?

—Sí, señor.

—Sin embargo hemos embarrancado.

—Ya lo he notado.

—¿Tenemos un banco bajo nosotros o tal vez las arenas de la isla?

—Más bien creo que sea un banco.

—Pero ¿tú lo desconocías?

—Sabéis muy bien que los pólipos cambian muchas veces de sitio alrededor de las islas del gran Océano. Un mes hace el fondo no estaba tan alto. Sin duda lo han levantado esos microscópicos constructores de bancos y escollos.

—¿Habrá bastante agua al lado allá del banco?

—Lo supongo.

—¿Y si tratáramos de ganarla?

El náufrago sacudió varias veces la cabeza y luego dijo con voz lenta y tranquila:

—Estamos en manos del destino.

—¿Perdidos?—preguntó Ana estremeciéndose.

—Todavía no—respondió el capitán Hill—. No te asuste, Ana, que a bordo tenemos medios suficientes para lanzar la nave al agua libre y armas sobradas para contener los asaltos de los isleños si éstos intentaran el abordaje.

Después, alzándose cuan alto era, gritó con voz tonante:

—¡Desplegad las velas de trinquete!
¡Ashor, al timón!

En pocos segundos fueron cumplidas aquellas órdenes. La «Nueva Georgia», impulsada por el viento, giró lentamente sobre sí misma tratando de salir del escollo; pero retrocedió, acercándose a las playas de Figii-Levú. Un inmenso grito de angustia se escapó de la tripulación, que ya se

creía perdida y próxima a tener que arribar a la tierra de los antropófagos. Las anclas resbalaban por el fondo, que parecía no dar el menor punto de apoyo a las flechas de hierro.

A proa se oyó un grito, primero leve, pero que después se fué acentuando, mezclado con otros ayes que cada vez aumentaban más, hasta que por toda la nave se oían tristes voces de desesperación.

—¡Un ancla a popa!—gritó el capitán Hill—. ¡Pronto, o estamos perdidos!

A bordo no quedaba ya más que una pequeña ancla. En seguida la llevaron a popa y fué prontamente arrojada al mar. Parecía que había logrado buen fondo, porque el buque viró de bordo, volviendo la proa hacia la isla; pero fué cosa de pocos momentos, porque el ancla comenzó también a resbalar por la superficie lisa del banco.

De improviso sobrevino un choque violento, que hizo temblar la arboladura y saltar algunos fragmentos de leña. La «Nue-

va Georgia», empujada por las ondas, se alzó de pronto y en seguida bajó, depositando su quilla en el fondo para permanecer inmóvil, algo inclinada de estribor. ¡Estaba embarrancada!

Casi en el mismo momento, bajo los tenebrosos bosques de la isla, se oyeron espantosos clamores, que parecían de bestias más bien que de gargantas humanas.

La tripulación entera se estremeció, y hasta en la frente del náufrago, ordinariamente serena, se dibujó una profunda arruga.

CAPÍTULO IX

EL ARCHIPIÉLAGO DE FIGII

El archipiélago de Figii, llamado también de las Vidas, se extiende entre el 16° y el 21° de longitud Sud y el 174° y 179° de longitud Oeste. Se compone de doscientas veinticinco islas, de las cuales están habitadas ochenta o noventa, y cuya po-

blación se calcula superior a doscientos mil individuos.

Por su tamaño y por el número de sus habitantes ocupa el primer lugar Figii-Levú, o Vida-Levú, de noventa millas de largo y cincuenta de ancho; después Vanúa, que tiene ciento por veinticinco y que, por su forma, parece una pera. Tiene montes elevados, valles profundos y vegetación riquísima; Candabú, de cuarenta millas de largo y diez de ancho, y que al Sud termina en un monte de estrecha base, pero altísimo; Orco, que tiene un circuito de cincuenta millas; Tabe-Uni, con sólo cuarenta. Las otras son de extensión más limitada, y algunas son meros bancos de tierra.

Todas estas islas son rocosas, coralíferas o volcánicas, tienen picos elevados, algunos de los cuales alcanzan cincuenta pies, y, cosa extraña, todas afectan la forma cónica, por lo que desde lejos parecen pilones de azúcar. Su feracidad es increíble y su belleza es tal que parecen un

verdadero edén aunque sea una tierra poblada de antropófagos.

Los habitantes tienen ya un cierto grado de civilización, logrado, más bien que por propio instinto, por su contacto continuo con los isleños de Tonga, que hacen frecuentes irrupciones en este archipiélago, para proveerse de carne humana.

Visten decentemente, llevan turbantes y mantos que se fabrican con filamentos tejidos de una especie de gelso. Ahuecan grandes canoas en los troncos de los más corpulentos árboles, construyen espaciosas chozas, fabrican cuerdas y cultivan con pasión sus fertilísimos campos. A pesar de estos perfeccionamientos, aquella raza de hombres no renuncia a la abominable costumbre de comer carne humana, y basta entrar en sus habitaciones para ver colgados de los techos grandes trozos de carne cortada, no sólo a los enemigos vencidos, sino a sus propios hermanos.

Belicosos hasta donde se pueda imaginar, porque no temen la muerte, a la que

consideran sólo como un cambio de vida, están siempre guerreando entre sí, y, sobre todo, con los isleños de Tonga para renovar sus provisiones de carne humana. ¡Ay del barco que naufrague en sus playas! No dan cuartel a nadie y los desgraciados marineros que caen en sus manos van a morir en grandes hecatombes sobre las agudas puntas de gigantescas lanzas. Se comprende, pues, con qué angustia había visto la tripulación de la «Nueva Georgia» embarrancar al buque, sabiendo la terrible fama de los isleños. Por fortuna, la nave no había sufrido averías y se esperaba aún ponerla a flote.

Pasado el primer momento de terror, el capitán Hill había recobrado su primitiva energía y se hallaba resuelto y dispuesto a todo. Seguro de que la «Nueva Georgia», defendida por el aceite que refrenaba el ímpetu de las olas, no corría peligro alguno, al menos por el momento, mandó transportar a babor todos los objetos pesados que había sobre cubierta, a fin de endere-

zar algo el buque y hacer menos probable el peligro por la parte opuesta. Después hizo abrir la armería y conducir al puente los fusiles, pistolas y demás armas de a bordo, así como las hachas y el pequeño cañón de señales, que fué cargado de metralla. Terminados los preparativos de defensa, llamó al náufrago, que hasta entonces no había dejado la proa, ocupado, a lo que parecía, en estudiar la costa de la isla, que ya empezaba a divisarse a las primeras luces del alba.

—¿Qué harías en mi lugar?—le preguntó.

El náufrago miró al puente del buque y las olas que venían a morir contra las bordas, arrugó el entrecejo, y dijo:

—Aguardaría la marea alta, porque las ordinarias son débiles en el Océano Pacífico.

—Tendré que esperar cuatro días.

—¿Cuándo sobrevendrá la marea alta?

—El sábado a media noche, y hoy es martes. ¿Creéis que echando anclas a po-

pa y funcionando el molinete desembarcará el buque?

—No, porque estamos sobre un fondo rocoso. Si se tratase de un banco de arena, la nave podría girar; pero estos bancos son de naturaleza volcánica y coralífera y, por lo mismo, escabrosos.

—¿Y en este intervalo nos dejarán tranquilos los salvajes?

—¿Habéis oído poco ha sus gritos? Eran gritos de guerra, y ya veréis cómo apenas se calme el mar vendrán en sus canoas.

—Está bien; pero yo sé el pan que encontrarán para sus dientes. Yo también conozco a los salvajes del Gran Océano, y aun me he batido con ellos varias veces, vencéndolos siempre.

—Estad en guardia, señor, porque éstos son muy valientes y astutos. No se nos presentarán desde luego con intenciones hostiles; tratarán antes de conquistar nuestra confianza para poder subir a bordo; os harán ofrecimientos de paz y hasta enviarán víveres y regalos; pero luego caerán a

traición sobre los tripulantes, y si no lo podemos evitar, nos exterminarán a todos.

—Ninguno de ellos pondrá el pie sobre el puente de mi nave, yo te lo aseguro, Bill. Ahora ocupémonos de tus compañeros: ¿dónde crees encontrarlos?

—No os lo sabría decir. De seguro están en el interior de la isla, guarecidos en los montes, o quién sabe si escondidos en cualquier bahía.

—¿Cómo haremos para que sepan nuestra llegada?

—Tenéis un cañón a bordo. Que se hagan algunos disparos.

—¿Los oirán?

—Lo espero, señor. Si están todavía vivos, comprenderán que ha llegado a estas costas una nave y se harán presentes. Si no obtenemos ningún resultado, interrogaré a los indígenas, y cuando hayamos puesto el barco a flote daremos vuelta a la isla, disparando el cañón de vez en cuando.

—Bueno; ahora esperemos el alba y después veremos—dijo el capitán—. Entre

tanto preparemos nuestra defensa para recibir como se merecen a esos devoradores de hombres.

La calma que reinaba alrededor de la nave que, varada, como estaba, sólo se movía en ligerísima ondulación y sólo hacia popa, pues la proa estaba embarrancada, permitía emprender algunos trabajos de defensa.

El capitán Hill, que había sostenido otros asaltos por parte de los salvajes, llamó a los marineros y les hizo bajar primero el palo trinquete y después el de mesana, colocándolos hacia proa y popa, a fin de que sirvieran de trinchera para defender mejor el buque en caso de abordaje.

Detrás de estos palos hizo colocar todas las armas y el cañón fué puesto en sitio conveniente, cargado de metralla.

No satisfecho aún, hizo llevar al puente dos cajas de botellas vacías, que debían ser rotas y esparcidos los vidrios por la cubierta, a fin de que hiriesen los pies de

los asaltantes, que ignoraban aún el uso del calzado.

Hecho ésto, esperó tranquilamente la llegada del día.

A medida que el cielo iba aclarándose, disminuía la fuerza del viento y el mar se calmaba. Las olas seguían estrellándose ante la zona oleaginosa y en torno a los bancos; pero ya lo hacían más débilmente y no se elevaban a tan gran altura.

Dentro de pocas horas el huracán debía cesar por completo, cosa que si por un lado era deseada por el capitán, ansioso de salvar su buque, por otro espantaba a la tripulación, porque sin duda los salvajes aprovecharían la calma para lanzarse al mar en sus canoas.

A las cinco un rayo de sol, pasando por un desgarrón de las nubes, iluminó el mar y la isla, la cual podía divisarse en totalidad con sus picos elevados, sus bosques, sus verdes valles y sus bahías.

No sin bastante emoción, los tripulantes distinguieron confusamente agrupados en

la playa más cercana un centenar de salvajes armados de lanzas y de pesadas mazas.

Aquellos hombres eran de color casi negro, de estatura alta y bien proporcionada, con el pelo largo y crespo. Algunos llevaban turbantes adornados de conchas y de pedazos de dientes de ballena, distintivo especial de los jefes y de los guerreros famosos; pero todos llevaban envuelta a la cintura una especie de banda, cuyas extremidades les caían por delante. En la longitud de estas flotantes puntas se conocía a los personajes más importantes, y se dice que sólo el rey y los grandes jefes tienen derecho a dejarlas colgar hasta el suelo. En medio de aquel grupo el capitán distinguió a algunas mujeres, que se daban a conocer por su cinturón adornado de franjas de «lika», que en las muchachas mide apenas veinte centímetros de ancho, mientras en las casadas descende hasta las rodillas. Parecían no menos excitadas que los hombres y dirigían al buque los puños cerrados, pronunciando palabras

que el marinero Bill aseguró significaban terribles amenazas.

Algunos hombres, provistos de hondas, se acercaron a la orilla y arrojaron piedras; pero el barco estaba muy lejos para que llegaran hasta él y caían al agua.

—Capitán—dijo el náufrago, que parecía no menos inquieto que los otros—, haced disparar el cañón para que esa canalla sepa que tenemos armas de potente voz.

A una seña del capitán el armero de a bordo disparó el cañón, y una nube de metralla cayó sobre los árboles de la costa.

Ante aquella detonación, y sobre todo al silbido de los numerosos proyectiles, los isleños se calmaron como por encanto. Debían conocer ya de largo tiempo los efectos de las armas de fuego, grandes y pequeñas, pues si bien en un principio parecieron sorprendidos, no fueron sus demostraciones las de un gran pánico. Momentos después de disparar el cañón, arrojaron los

isleños sus armas al suelo y comenzaron a hacer señales amistosas.

—¡Canallas!—murmuró el náufrago.

En seguida levantóse cuan alto era y se puso a escuchar atentamente.

—¿Qué escucháis?—le preguntó Ana.

Bill se volvió hacia ella con el rostro alterado.

—¿No habéis oído nada?—le demandó con agitación.

—Los gritos de los salvajes y nada más.

—Yo he oído una detonación lejana—exclamó—. No me equivoco.

—Yo también he oído un lejano disparo de fusil—confirmó Asthor.

—¿Serán vuestros compañeros?—preguntó el capitán.

—Haced, señor, que disparen otra vez.

El armero, que ya lo había vuelto a cargar, lo disparó contra los picos de la isla, que repercutieron al rimbombazo.

Toda la tripulación aguzó los oídos; pero nada pudo percibirse, porque en aquel mismo momento se oyeron hacia la playa

voces agudas y se vió a casi todos los salvajes abandonar las orillas del mar y desaparecer corriendo bajo los bosques.

—¿Qué sucede?—preguntó Ana al náufrago.

Este, en vez de responder, se dirigió a babor y comenzó a subir por el palo mayor hasta llegar a lo más alto, donde se afianzó bien. Desde aquella elevada posición miró a lo largo de la costa, tratando, sin duda, de inquirir la causa de la precipitada fuga de los salvajes.

—¿Veis algo?—le preguntó el capitán después de aguardar algunos instantes.

—No, señor—contestó el náufrago—. Los bosques me impiden distinguir el interior de la isla.

—¿Veis alguna canoa?

—Ninguna, capitán.

—¿Os parece que dispare otra vez el cañón?

—Hacedlo.

Por tercera vez la pequeña pieza de arti-

llería retumbó en el aire; pero a su detonación no respondió ninguna otra.

El náufrago permaneció todavía algunos minutos sobre el palo mayor, escrutando las playas de la isla. Después murmuró:

—Si se pierden ellos, me pierdo también yo.

Hizo un gesto de rabia y sus ojos se iluminaron con un relámpago siniestro.

Cuando descendió al puente, había adquirido otra vez su calma habitual. En su frente, sin embargo, se marcaba una profunda arruga.

—¿Y bien...?—le preguntó el capitán.

—No he oído otras detonaciones.

—Pero, ¿cómo explicáis la fuga de los salvajes?

—Tal vez haya ocurrido en la isla algún inesperado suceso, y no quisiera...

—¿Qué?

—Que este suceso afectara a mis compañeros. Tengo un siniestro presentimiento.

—¿Teméis que los hayan hecho prisioneros ahora que estamos nosotros aquí?

—Aquel disparo de fusil en la isla me da mucho que pensar.

—De todos modos, los salvaremos—dijo Ana con animación—. De ninguna manera consentiremos que los salvajes devoren a esos desgraciados.

—¡Una canoa!—exclamó un momento después un marinero que inspeccionaba la costa.

Todas las miradas se dirigieron hacia el sitio indicado; y vieron una gran canoa, hecha del tronco de un árbol enorme, destacarse de la orilla y dirigirse hacia el buque.

Doce salvajes medio desnudos, pero armados de pesadas mazas, remaban con un acuerdo perfecto, mientras a proa se mantenía derecho un hombre de alta estatura, con turbante en la cabeza y una ligera barba pintada de rojo.

Los marineros aferraron los fusiles y dispusieron el cañón; pero el náufrago los detuvo con un gesto imperioso.

En pocos minutos la embarcación atra-

vesó la zona de aceite y se halló cerca de la «Nueva Georgian» por estribor. Entonces el hombre del turbante, alzando la cabeza, se dirigió a la tripulación, diciendo en su lengua:

—¿Qué buscan aquí los extranjeros?

Bill se inclinó sobre la borda y contestó en el mismo idioma:

—Buscamos a unos hombres blancos naufragados en tu isla hace algún tiempo y que se encuentran en tus bosques.

El jefe salvaje lo miró con ojos feroces y en seguida lanzó una carcajada.

—Nuestro rey está para morir—gritó— y los hombres que buscas le harán escolta de honor en la otra vida; pero nosotros nos comeremos a vosotros.

Dicho esto, la canoa viró prontamente a bordo y se alejó con la velocidad de una flecha.

El náufrago, al verla huir, hizo un gesto de furo:

CAPÍTULO X

UN REY SEPULTADO VIVO

No existe en todo el mundo un pueblo que tenga tan poco miedo a la muerte como el pueblo figiano. Ya hemos dicho que para los habitantes del archipiélago de Figii la muerte sólo representa un cambio de vida, porque en sus almas está muy arraigada la convicción de que les espera una resurrección próxima apenas dejada la tierra. Y esta creencia ¡a qué extremos los lleva!

Cuando un hombre cree haber vivido bastante en su isla, no encuentra cosa más natural que hacerse estrangular por un fiel amigo, el cual se presta a tan repugnante faena con la mejor voluntad del mundo.

¿Se siente un hombre enfermo? Pues en seguida hace que le estrangulen, por no parecerle digno presentarse ante el Grande Espíritu agonizante y extenuado. ¿Muere

un niño? La madre le sigue a la tumba, después de ser estrangulada por el marido, pues cree que el pequeño puede necesitar todavía sus cuidados en el otro mundo. ¿No quieren separarse jamás dos amigos cariñosos? Pues cuando uno de ellos muere, el otro también se hace matar. ¿Se adoran dos novios y no pueden casarse por diferencias de posición social? Ruegan al padre, o al suegro, o a cualquier otro pariente que les quite la vida para unirse en el otro mundo, y el demandado no se hace repetir el ruego.

¿Qué más? Cuando un padre está viejo y lleno de achaques, los hijos le advierten con respeto que ya ha vivido bastante y que le ha llegado la hora de abandonar el mundo, y con todo respeto le estrangulan en seguida o encargan a un amigo la macraba operación (1).

(1) Entre los valtias, pueblo de la costa Norte de Sumatra, entre el reino de Achin y el mar, se hace casi lo mismo. Cuando los padres no pueden y trabajar, se atan a un árbol y esperan que los parientes vengán a comérselos. Es de advertir que los baltias gozan de cierta civilización, no reciente por cierto.

«Cuando el rey es viejo y está enfermo, el pueblo le insinúa humildemente que debe abandonar el trono al hijo primogénito, y se prepara a hacerle grandes funerales y a festejar al mismo tiempo al sucesor. El pobre déspota de ayer tiene que acomodarse, más o menos gustoso, al deseo de sus fieles súbditos y se deja conducir a la sepultura, pero con la diferencia de que, mientras sus súbditos en caso parecido son enterrados muertos, él goza el privilegio de ser sepultado vivo!»

Este sepelio de un hombre vivo, que podría no morir aún en un buen número de años, se practica con ceremonias especiales, como conviene a persona de tan alto poder.

La esposa principal, que no puede seguir al rey en su gran viaje porque los usos de la corte se lo impiden, pinta el pecho y los brazos del déspota con un color negro, sacado de una especie de nuez, que llaman «aluzzi», y en seguida le envuelve las piernas y el vientre con tiras de estofa

blanca tejidas con «mari», que se obtiene de cierta fibra muy común en todas las islas del Gran Océano.

Hecho esto, es transportado con gran pompa a la sepultura el muerto-vivo; pero antes de echarlo en la fosa, han arrojado en ella, ya bien estrangulados, a dos o tres de los más famosos guerreros, a fin de que le sirvan de escolta y expliquen al Grande Espíritu que tiene que habérselas con un gran personaje. También arrojan en la tumba dos mujeres acabadas de estrangular, para que le sirvan en la otra vida.

Estas costumbres, que no pueden haber nacido más que de las imaginaciones crueles de los antropófagos, parecen extrañas y aun inverosímiles, tan horribles son, y podría creérselas inventadas por la fantasía de los escritores o de los marinos, si muchos navegantes, que en distintas ocasiones han visitado aquel archipiélago, no las confirmaran todas como vistas por sus propios ojos. Los misioneros que en estos últimos años desembarcaron en aquellas

islas intentaron por todos los medios poner un freno a semejantes atrocidades, y en parte lo consiguieron; pero no hace muchos años aún el reverendo Thomas William asistió al entierro del rey Somo-Somo, uno de los más valientes salvajes que han reinado en Nasima, y que fué transportado al sepulcro todavía vivo, aunque enfermo, así como dos mujeres, a las que se estranguló, y que debían acompañarle en la otra vida. El misionero, aterrado e impotente, pues todas sus súplicas fueron vanas, presenció aquellos horribles funerales, y hasta oyó los golpes de tos del viejo rey, después de haberle cubierto ya la tierra...

.....

La siniestra noticia que dió el salvaje de la canoa produjo en la tripulación, como es fácil imaginar, una impresión dolorosa, pues ninguno ignoraba las feroces costumbres de aquellos salvajes.

Los desgraciados náufragos de la nave inglesa, a quienes la tripulación de la

«Nueva Georgia» esperaba hallar libres aún y salvarlos sin recurrir a las armas, iban a ser sacrificados para servir de escolta al moribundo rey en el gran viaje, del que no se vuelve. Por otra parte, y para aumentar aún más las angustias de los tripulantes, el buque iba a ser asaltado, y no se tenía el recurso de la fuga, por estar embarrancado en los escollos.

Durante algunos instantes reinó un profundo silencio a bordo; tan enorme fué la impresión recibida ante aquella grave noticia. Después, el capitán Hill, cuya resolución y energía no disminuía nunca, dijo:

—No hay que desanimarse; somos pocos, es verdad, pero todos valientes y acostumbrados al peligro. Tenemos armas, pólvora y balas en abundancia, y no debemos, por tanto, achicarnos ante esos canallas de antropófagos. Ahora bien, Bill, ¿qué me aconsejas que haga?

El náufrago, que miraba la isla con ojos que arrojaban llamas, los puños cerrados y presa de una cólera furiosa, se volvió

como una fiera. No era el mismo hombre frío y tranquilo de hacía pocos minutos; estaba pálido; en su rostro se marcaba algo de amenazador y siniestro que infundía miedo.

—¿Qué os aconsejo hacer?—dijo con voz ronca—. ¿Lo sé yo acaso?

—Tú conoces la isla y a sus habitantes mejor que yo y puedes darme preciosas indicaciones. ¿Crees que podremos salvar a tus compañeros?

Un relámpago de alegría brilló en los ojos de Bill.

—¿Queréis salvarlos?—preguntó cambiando de tono.

—Si es posible, estoy dispuesto a hacerlo.

—Podemos conseguirlo, pero habrá que recurrir a la fuerza, señor, y pelear con los salvajes.

—¿Tienes algún plan?

—Desde luego—respondió Bill, después de meditar algunos instantes.

—Explícamelo.

—La «Nueva Georgia» no corre, por ahora, peligro alguno; de esto, estoy cierto. Mientras no termine la ceremonia del enterramiento, los salvajes no vendrán a inquietarnos, porque todos tienen que asistir a las ceremonias con que se celebrará el principio del nuevo reinado. Tenemos, pues, tiempo para obrar sin miedo a un inesperado asalto.

—Proseguid—dijo miss Ana.

—He aquí mi plan. Esta tarde, después de puesto el Sol, dejaremos el buque bajo la vigilancia de seis hombres resueltos y desembarcaremos en una pequeña rada que yo conozco. Por un sendero ignorado de los salvajes atravesaremos el bosque y nos apostaremos en las cercanías del gran pueblo habitado por el moribundo rey. Cuando empiece la ceremonia fúnebre, caeremos sobre la multitud, rescataremos a mis compañeros y huiremos hacia la rada. Si más tarde, repuestos de la sorpresa que ciertamente les producirá nuestra inesperada aparición quieren asaltar la nave, yo

les prepararé un buen recibimiento, que les obligará a alejarse para siempre.

—Está bien. Intentaremos el golpe.

—¿Y no os seguiré yo?—preguntó Ana.

—Es imposible, hija mía—respondió el capitán—. Sé que eres valiente y hábil en el manejo de las armas de fuego, pero no podrías seguirnos a través de los bosques, y menos si nos persiguen los salvajes. Quedará contigo una buena guardia, y Asthor no dejará acercarse al enemigo, está segura de ello.

—Haré lo que quieras, padre mío.

El mar, mientras tanto, se había calmado y la costa aparecía desierta.

El capitán hizo botar al agua las dos lanchas mayores, que armó con dos espingardas cargadas de metralla; escogió entre los mejores gran número de fusiles, una buena provisión de pólvora y balas y algunos víveres, ignorando lo que podía durar la expedición.

Esto hecho, el valiente capitán aguardó la noche para ponerse en marcha.

A las diez ordenó el embarque. Abrazó a Ana, profundamente conmovida de aquella separación, que podía ser fatal para uno u otro; recomendó a Asthor y a los marineros la más estrecha vigilancia, y en seguida saltó al lanchón.

Los trece marineros designados para secundar el audaz golpe de mano estaban ya en las lanchas, llevando sus armas y esperando la señal de partir para echar mano de los remos.

—Vigila, Asthor—dijo el capitán antes de marchar—. Te confío a mi hija, que es mi más querido tesoro en el mundo.

—Me haré matar, si es preciso; pero os juro que la encontraréis viva, señor—contestó el lobo de mar.

El capitán dirigió un último saludo a Ana, que se mantenía inclinada sobre la borda, y en seguida dió la orden de remar.

Las dos chalupas, deslizándose con el mayor silencio y protegidas por las tinieblas, se alejaron, evitando los escollos, y pusieron la proa al Sur.

El náufrago, que estaba al timón de la mayor de ellas, indicaba el camino, marcando a los remeros los bajos fondos y los escollos para que los evitaran. De cuando en cuando les obligaba a detenerse, y sus ojos, que brillaban en la obscuridad como los del gato, inspeccionaban toda la costa para cerciorarse de que nadie les espiaba.

Después de media hora de bogar, Bill dirigió su chalupa hacia la costa, y evitando un banco, en el que se rompían las olas con alguna violencia, la hizo entrar en una pequeña bahía bastante resguardada y en la que venía a morir un bosquecillo de bananos (*«ficus indica»*), árboles de colosales proporciones, con troncos formados de nudos entrelazados, que llegan a alcanzar hasta treinta metros de circunferencia, y cuyas copas forman una masa de hojas tan grande que su sombra puede guarecer a cuatrocientas personas o más.

—¡Quietos!—murmuró el náufrago.

Los remeros se detuvieron a diez o doce

metros de la orilla, y no sabiendo de lo que se trataba, prepararon sus fusiles.

—¿Qué ocurre?—preguntó el capitán, que guiaba la segunda chalupa.

—¡Escuchad!

Todos guardaron silencio y procuraron oír, conteniendo hasta la respiración.

A lo lejos se oían los clamores de los salvajes, a los que se unían ciertos sonidos extraños que parecían producidos con conchas marinas. El capitán Hill palideció y sintió que el corazón le latía fuertemente.

—¿Están asaltando mi buque?—preguntó ansioso.

—No—dijo Bill—. Esos gritos no vienen de la parte del mar, sino del gran pueblo de los salvajes. O Vavanuho ha muerto, o algo grave acaba de ocurrir.

—¿Quién es Vavanuho?

—El rey a quien deben sepultar.

—Desembarquemos.

Las dos chalupas se acercaron a la playa, hasta tropezar con un banco de arena. Los quince hombres, armados de fusi-

les, pistolas y hachas de abordaje, desembarcaron entre el grupo de bananos, cuyos racimos casi tocaban las aguas de la bahía. Bill hizo tapar las dos chalupas con gran cantidad de ramas y de hojas para que no fueran descubiertas, y después, poniéndose a la cabeza de los expedicionarios, se perdió en las sombras proyectadas por los gigantescos árboles.

Apenas habían dado seis o siete pasos, cuando Bill se paró bruscamente, apuntando con el fusil.

—¿Qué habéis visto?—le preguntó el capitán Hill.

—Una sombra ha atravesado el sendero.

—¡Eh!—exclamó en aquel instante una voz—. ¡Bill aquí! ¡O sueño, o los caníbales me han vuelto loco!

CAPÍTULO XI

LOS COMPAÑEROS DE BILL

Un hombre se había levantado del césped, y después de aquella exclamación habíase dirigido hacia los expedicionarios, parándose, sin embargo, de trecho en trecho para restregarse los ojos, como si no diera crédito a lo que veía.

¡Qué hombre aquel! Era alto, delgado, como si hiciera semanas que no comía, extenuado, lívido. Una barba hirsuta y rojiza le caía hasta la cintura, y sus cabellos, largos y descuidados, le caían por los hombros esqueléticos; tan seco y consumido estaba.

Algunos sucios pingajos, que recordaban vagamente la forma de una casaca y unos calzones destrozados, trataban en vano de cubrir aquel cuerpo delgadísimo y lleno de contusiones.

—Pero, ¿eres tú, Bill?—volvió a preguntar aquel desgraciado.

—¡Mac-Bjorn!—exclamó el náufrago—. ¡En qué estado te encuentro!

—Un poco delgado, no digo que no; pero todavía vivo a despecho de esos pillos antropófagos, que me han dado muy malos ratos... Pero, por lo que veo, no estás solo.

—Da ante todo las gracias a este señor, el capitán Hill, dueño de la «Nueva Georgia», que viene expresamente para salvarnos a todos.

El hombre delgado se inclinó, haciendo sonar todos los huesos de su cuerpo, y dijo:

—Os doy gracias en nombre de todos mis compañeros, que se alegrarán mucho de veros, os lo aseguro, si todavía están vivos.

—¿Por qué dudáis de que vivan?—dijo el capitán, después de corresponder al saludo.

—Porque si se pierde el tiempo estarán en la fosa del rey... ¡Oy-god! ¡Tienen prisa esos buenos salvajes!

—¿Están prisioneros?—preguntó Bill.

—Todos.

—¿Y tú por qué estás libre?

—¿Yo?—contestó el náufrago riendo—.

Me ataron perfectamente, pero estoy tan delgado, que pude deslizarme por las cuerdas y apelé a la fuga.

—¿Y os han seguido?—preguntó el capitán.

—Sí; pero yo tengo las piernas largas y el cuerpo ligero, y pude en seguida ganar el bosque.

—¿Cuándo huiste?—preguntó Bill.

—Hacé poco.

—¿Qué gritos son esos que hemos oído, entonces?

—Los de rabia que daban los antropófagos. Cuando descubrieron mi fuga ya estaba yo lejos, y dieron la voz de alarma; pero yo..., yo me burlé ya de toda esa canalla. ¿Y dónde está Sangor, que no lo veo? Tú partiste con el indio.

—Ha muerto—respondió Bill, haciendo una señal de inteligencia a su compañe-

ro—. ¿Y están vivos todos los demás?

—Sí, vivos, pero en pésimo estado; delgados como bastones, y tan débiles, que casi no se pueden tener de pie porque hace varios días que no comen. Parece que los salvajes quieren mandarlos al otro mundo con los intestinos vacíos y una gran dosis de apetito. ¡Qué quieres! ¡Costumbres de los antropófagos!

—¿Os sentís con fuerzas para conducirnos a la aldea?—le interrogó el capitán.

—Lo espero, si me dáis una galleta y un sorbo de «gin» o de «brandy».

Un marinero le ofreció su propio frasco, mientras otro le llenaba de galletas los bolsillos del pingo que llevaba por casaca, y un tercero le obsequiaba con una lata de pescado en conserva.

El náufrago tomó ávidamente el frasco y lo vació en tres sorbos.

—Excelente, a fe mía, este «viski»—dijo haciendo chasquear la lengua en el paladar—. Vamos ahora, o será demasiado

tarde; pero silencio absoluto y mucho oído.

Empuñó con la diestra un hacha de abordaje que le había dado un marinero, y con la izquierda una pistola ofrecida por otro, poniéndose en seguida en camino. Aquellas dos piernas largas, llevando de un lado para otro su tronco, casi igual de delgado, y haciendo sonar todos los huesos a cada movimiento, producían un efecto raro. Bill le seguía inmediatamente, diciéndole al oído palabras que el capitán no podía oír, aunque marchaba dos pasos detrás.

¿Le preguntaba por los camaradas o le hablaba de cosas más graves? Mac-Bjorn, el hombre esqueleto, no respondía, pero se le veía sacudir la cabeza, como si aprobara cuanto el otro le iba diciendo.

Quien les hubiera observado mejor y de frente, habría podido notar en los pequeños ojos hundidos en la calavera del náufrago recién encontrado ciertos extraños relámpagos y en sus labios una sar-

cástica sonrisa, que se dibujaba de vez en cuando.

Caminando con precauciones, el oído siempre atento y la vista pronta, la pequeña columna expedicionaria se halló, después de una hora, en un espacio descubierto entre los árboles.

Mac-Bjorn, con un gesto, hizo que se detuvieran los marineros que le seguían.

Se inclinó a tierra para recoger mejor todos los rumores, venteó el aire, como si fuera un perro, y luego dijo volviéndose hacia el capitán, que no perdía uno de sus gestos.

—Estamos cerca de la aldea de los antropófagos. Apenas traspasemos esos árboles, veremos las primeras cabañas.

—¿Dónde están nuestros compañeros?— le preguntó Bill.

—En una choza cerca de la habitación del rey—respondió Mac-Bjorn.

—¿Vigilada por muchos guerreros?

—Sí, unos veinte, armados de lanzas y pesadas mazas.

—Si hiciéramos irrupción en la aldea, ¿creéis que los podríamos libertar?—preguntó el capitán.

—No lo creo, por que la choza es fuerte y nuestros compañeros están sólidamente atados. Antes de llegar junto a ellos, los salvajes los matarían. Es mejor esperar el momento en que dé principio la ceremonia fúnebre, porque entonces el pueblo estará indefenso. Nuestra inesperada aparición causará un pánico general; las mujeres y los niños producirán una gran confusión, que nosotros aprovecharemos para dispersar a esa canalla y salvar a los prisioneros. Seguidme.

Mac-Bjorn, que conocía el camino mejor que Bill, se puso a la cabeza de los expedicionarios y se encaminó, con mil precauciones, hacia el Norte, evitando hacer crujir las ramas de los árboles y parándose de vez en cuando para oír si el bosque seguía silencioso.

Después de andar quinientos pasos, abandonó la selva de bananos y se aventu-

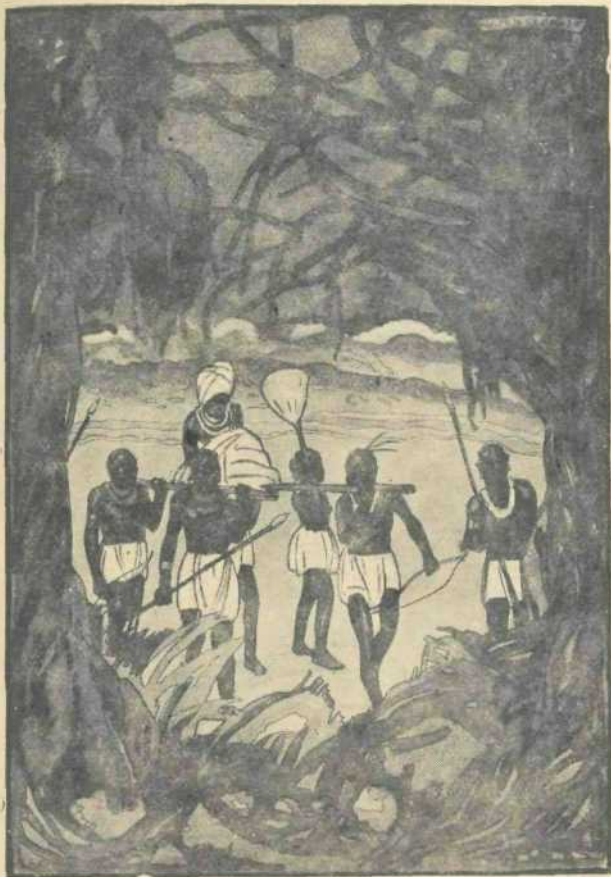
ró en otra más extensa, compuesta de soberbias artocarpas, árboles que dan grandes frutas de corteza rugosa, que contienen una pulpa amarillenta y que cocida sirve de pan. Por esto dichos árboles son también llamados del pan, aunque la mencionada pulpa es más parecida al sagú que a la harina.

Mac-Bjorn atravesó el bosque, abriéndose paso por las lianas, que se enredaban de tronco a tronco, formando una espesa red, y se detuvo ante un grupo de gigantescas hierbas.

—Mirad allí a través de las ramas—dijo, volviéndose hacia el capitán.

Hill apartó algunas ramas para ver mejor y descubrió, a cerca de doscientos metros, una doble fila de grandes cabañas, cuyas formas tenían semejanza con cúpulas y estaban rodeadas de empalizadas.

Numerosos fuegos ardían a lo largo de la gran calle que dividía las habitaciones, y al fulgor de las llamas vió varios grupos de salvajes que vivaqueaban cerca de la



Detrás de ellos se veía al viejo rey conducido en una especie de palanquín.

Un Drama en el Océano. — Cap. XI, tomo I.

UN DRAMA EN EL OCEANO

lumbre teniendo en las manos sus lanzas con puntas de hueso o hierro y sus pesadas mazas, llamadas con gran propiedad rompecabezas.

Aguzando mejor la vista, el capitán descubrió, un poco separada de las otras, una gran choza, en cuyo techo ondeaban trapos y ramas y alrededor de la cual había mucha gente moviéndose con cierta animación.

—Es la cabaña real—le susurró al oído Mac-Bjorn.

—¿Ha muerto el rey?

—Ayer por la mañana estaba todavía vivo y no me pareció tan enfermo que pudiera esperarse un próximo fin. Yo aseguraría que, si no lo enterrasen vivo, podría todavía esperar la muerte un buen número de años.

—¿Está contento con hacerse enterrar?

—No me parecía muy triste. Más bien animaba a su hijo, que se mesaba el cabello de desesperación.

—¿Su heredero?

—Justamente.

—¿Y por qué no impide que entierren vivo a su padre?

—Porque dice que es mejor ser rey que hijo de rey y que su padre ha vivido ya bastante tiempo. Costumbres de antropófagos, señores—dijo Mac-Bjorn sin manifestar el menor horror—. ¡Oh! Pero atención, que empieza a amanecer.

En efecto, hacia Oriente iba apareciendo una luz rosada que hacía palidecer los astros. Dentro de pocos minutos debía brillar el Sol, porque en aquellas latitudes puede decirse que no hay crepúsculos. Desaparecido el Sol, llega de pronto la noche, y viceversa.

A poco se oyeron sonar nuevamente en la aldea las conchas marinas y se vió salir de las chozas hombres, mujeres y niños en gran número, ataviados con sus mejores adornos, filas de dientes de pescados como collares y trozos de huesos de ballena. Alrededor de la cabaña real se oyeron agudos gritos, de los que sobresalían ayes desgarradores.

—Son las esposas del rey, que lloran— dijo Mac-Björn—. Esas estúpidas se desesperan porque todas no pueden ser sepultadas, y en tanto nuestros compañeros se desesperarán pensando que deben acompañar en el gran viaje al borrachón de Vavanuho.

—Confiemos en salvarnos—dijo el capitán—. Estad dispuestos a todo. Cuando dé la señal, descargáis los fusiles en lo más compacto de la multitud, y después a la carga con las hachas y las pistolas.

Ya era completamente de día. El Sol, iluminando los grandes picos que se elevaban de la isla, derramaba una lluvia de oro sobre los bosques y las chozas de la aldea.

La multitud aumentaba de minuto en minuto. Se veía acudir muchos salvajes del vecino bosque que ocultaba muchas otras cabañas, así como de la parte del mar y de los montes. En todos lados compañías de músicos hacían sonar las conchas marinas.

De pronto se hizo un gran silencio. Los guerreros se ordenaron rápidamente formando una larga columna, que se destacó de la gran choza, dirigiéndose hacia el bosque donde se escondía la tripulación de la «Nueva Georgia». Detrás de ellos se veía al viejo rey, conducido en una especie de palanquín, llevado por los más famosos guerreros de la tribu, que se adornaban con numerosos collares y tenían tatuados las piernas y los brazos.

El pobre déspota iba vestido de gran gala. Tenía los brazos y las piernas envueltos en tiras de tela de «mari», el pecho pintado de negro con «aluzzi», la cabeza envuelta en un pañuelo rojo que remataba en una extraña diadema formada de conchas, y al cuello ostentaba numerosos collares de huesos de tiburón y de ballena.

Tendría unos sesenta años; pero el abuso de las bebidas alcohólicas y tal vez alguna larga enfermedad le habían envejecido bastante. Aunque sabía la suerte que le esperaba, parecía contento y sonreía

amablemente a su primera mujer, que le aireaba con un abanico de hojas de coco.

Mac-Bjorn y Bill, que aguzaban la vista, distinguieron a la derecha del rey, y rodeados por el pueblo, a sus infelices compañeros, sólidamente atados, esqueléticos, abatidos y sufriendo pacientes la lluvia de golpes que caía sobre ellos cada vez que la extenuación les obligaba a detenerse. Junto a ellos caminaban diez muchachas jóvenes vestidas de fiesta y atadas también, cuyo destino debía ser el de que las mataran y arrojaran a la sepultura del rey para que le hiciesen compañía en la otra vida. Estas muchachas no parecían ni con mucho abatidas ni tristes, sino felicísimas por haber sido escogidas para tan honorífico destino.

—¡ Ahí están !—exclamó Bill, que se había puesto mortalmente pálido al ver a sus compañeros.

—Los veo—respondió el capitán sin poder contener un gesto de compasión—. ¡ A qué estado se ven reducidos ! Pero ya pa-

garán sus cuentas esos feroces devoradores de carne humana.

En seguida apuntó con su fusil, diciendo:

—¡Preparen!

Los marineros dirigieron los cañones de sus armas a lo más compacto de la comitiva.

—¡Fuego!—gritó el capitán.

CAPÍTULO XII

EL ASALTO DE LOS ANTROPÓFAGOS

Ante aquella inesperada descarga, que hizo caer a tierra una docena de personas, las cuales se revolcaban en el suelo lanzando desesperados aullidos de dolor, una confusión indecible se produjo entre la multitud de los caníbales.

Los hombres, las mujeres, los niños, los mismos guerreros que rodeaban el palanquín, presos de un loco terror y no sabiendo todavía a qué atribuir aquella detonación, huyeron en todas direcciones dando gritos

agudos y abandonando al viejo rey, que había caído a tierra, a los seis prisioneros y a las doce mujeres destinadas a la muerte.

El capitán Hill se adelantó, corriendo con el hacha de abordaje en la mano y dando voces de:

—¡Adelante, marineros!

Bill, Mac-Bjorn y los marineros de la «Nueva Georgia» le siguieron veloces como relámpagos y se dirigieron hacia la aldea, dando terribles gritos para hacer que aumentaran el terror y la confusión.

Algunos guerreros, viendo que se acercaban al rey y creyendo que trataban de matarle para comérselo, volvieron atrás agitando con rabia sus pesadas mazas; pero una descarga de pistola bastó para ponerlos en fuga.

Tres o cuatro de ellos, heridos por las balas, cayeron a tierra.

El capitán Hill, Mac-Bjorn y Bill rodearon a los prisioneros blancos, que parecían estupefactos ante aquel impensado soco-

ro, cortaron con los cuchillos sus ligaduras y los empujaron hacia el bosque, gritando:

—¡Presto! ¡Huid, o será después tarde!

Los marineros, al ver correr en todas direcciones a la multitud, que empezaba a enfurecerse al ver que aquel ataque tenía por objeto la fuga de los prisioneros, hicieron una última descarga y en seguida se dieron a correr detrás de los fugitivos.

Ganado el bosque, se perdieron entre los árboles a fin de que los salvajes no encontraran sus huellas, y se dirigieron a la playa, cargando otra vez las armas. A sus oídos llegaban siempre los gritos de la tribu entera, que se había puesto en persecución de las víctimas y de sus raptos.

—¡Pronto, pronto!—repetía el capitán, que a cada momento temía le cortaran la retirada al mar.

—Corre, Mac-Doil; un esfuerzo todavía, Kingston; alarga esas piernas, O'Donnell—decía Bill, animando a sus camaradas—.

Aprieta, Brow; duro, Dickens, y tú, Walker, a ver si no te quedas atrás.

Aquellos pobres diablos, a quienes los padecimientos y el hambre habían reducido a los huesos y que estaban por completo extenuados, corrían haciendo desesperados esfuerzos, ayudándose con saltos de cigarrón, jadeantes y cansados.

Los gritos cada vez más agudos de los salvajes, que parecían acercarse siempre, bastaban a animarles, pues sabían muy bien que si entonces escapaban de la tumba, otra vez no serían más dichosos.

A doscientos pasos de la bahía dos de aquellos desgraciados cayeron sin poder dar un paso más; pero los marineros, que venían corriendo detrás en grupo cerrado, los recogieron y a costa de grandes esfuerzos lograron llegar con ellos a la bahía.

Las dos chalupas estaban todavía allí. Los marineros apartaron el ramaje que las cubría, las pusieron a flote y se embarcaron.

—¡Andando a toda prisa!—gritó el capitán Hill cuando vió que todos estaban embarcados.

Las chalupas se alejaron rápidamente, dirigiéndose a la salida de la bahía.

Algunos salvajes, los más ágiles, llegaban entonces a la orilla.

Viendo que la presa se les escapaba, lanzaron furiosos clamores y empezaron a descargar una lluvia de piedras contra las embarcaciones; pero el capitán, que no los perdía de vista, puso de un balazo fuera de combate al más decidido de la banda.

Los otros volvieron a internarse en el bosque al ver el pleito malparado, pero sin abandonar la orilla, cerca de la que corrían dando amenazadores gritos.

Las dos chalupas, impulsadas por vigorosos remeros, ganaron bien pronto la alta mar y se dirigieron a la «Nueva Georgia», cuya masa se destacaba en el luminoso horizonte.

—¡Gracias a Dios!—exclamó el capitán

cuando vió su buque—. Ahora ya no temo a estos salvajes.

Después se volvió a los prisioneros, que se habían dejado caer en el fondo de las chalupas, exhaustos de fuerzas. Eran seis verdaderos esqueletos, que podían hacer digna compañía a Mac-Bjorn. Delgados, amarillentos, mustios, lacios y cubiertos de contusiones, se leía en sus rostros una serie inenarrable de padecimientos y de miserias.

Casi todos ellos tendrían, poco más o menos los cuarenta años, cabellos rubios que denotaban la raza anglo-sajona y, cosa verdaderamente particular, cierto no sé qué que no inspiraba la menor confianza; sus ojos lanzaban ciertas miradas que tenían mucho de falsas y de bestiales.

Observación poco tranquilizadora: todos llevaban en las muñecas y en los tobillos profundas señales, semejantes a las que se advertían en Bill.

El capitán no fijó en eso mucho la aten-

ción, atribuyendo las señales a las ligaduras de las cuerdas de los salvajes.

A las ocho de la mañana las dos chalupas llegaban a la escollera donde estaba presa la «Nueva Georgia».

Ana, Asthor y los marineros de guardia saludaron con gritos de alegría el regreso de los expedicionarios. El capitán Hill, que fué el primero en llegar al puente, estrechó fuertemente entre sus brazos a la valerosa joven que no había tenido miedo de quedarse casi sola en el barco estando tan cerca de los antropófagos.

—¿No estáis herido, padre mío?—le preguntó ella.

—Vuelvo incólume, y lo mismo que yo regresan todos los demás.

—¿Los habéis salvado a todos?

—A todos, Ana; pero estos infelices están en un estado tal que da miedo.

—¡Desgraciados!—exclamó la joven, inclinándose sobre la borda para verlos—.

¡Parecen esqueletos!

—¡Pronto, subidlos a cubierta y a la

enfermería en seguida!—dijo el capitán.

Mac-Bjorn y sus compañeros, que no tenían fuerzas ni aun para permanecer de pie, ni mucho menos para dar un paso, fueron subidos en brazos al puente y en seguida llevados bajo cubierta, donde se les colocó convenientemente en el espacio destinado a los enfermos y heridos.

Asthor se encargó de su curación, la cual, después de todo, no debía ser ni larga ni difícil, tratándose como se trataba de gente que sólo tenía hambre y cuya complexión robusta debía bien pronto recobrar fuerzas con buena alimentación y frecuentes tragos de vino generoso.

El capitán hubiera querido atenderlos él mismo pero en aquellos instantes era muy necesaria su presencia en el puente, porque a la «Nueva Georgia» amenazaba un segundo y más terrible peligro.

La playa, hasta donde alcanzaba la vista, aparecía cubierta como por ensalmo de una multitud de antropófagos, furiosos por la burla de que habían sido objeto y por

la huída de sus prisioneros. Desde allí lanzaban horribles imprecaciones contra los extranjeros, los desafiaban con roncós gritos que no tenían nada de humanos, les amenazaban agitando en sus convulsas manos las mazas, las lanzas y las hondas.

Parecía que de un momento a otro toda aquella gente iba a precipitarse al mar para intentar el abordaje de la «Nueva Georgia».

—Es un ejército—dijo el capitán, en cuya frente se marcaba cada vez más una profunda arruga—. Si todo ese pueblo nos asalta, no sé cómo terminaremos.

—Yo preveo un asalto impetuoso—dijo Bill, que parecía más inquieto que los otros—. ¡Oh, si este buque no estuviera encallado!

—Afotunadamente, estamos dispuestos a recibirlos y hemos reforzado el número de defensores. ¿Son, sin duda, valientes vuestros amigos?

—No sólo valientes, sino muy buenos ti-

radores—dijo Bill con cierto orgullo—. ¡Oh, oh! ¡Ya están ahí las canoas!

El capitán, Ana y los marineros que les rodeaban volvieron la vista hacia la isla y vieron, no sin cierta emoción, una veintena de grandes canoas que venían de la costa Norte a toda velocidad.

El capitán Hill se alzó imponente y dijo con toda energía:

—¡Cada uno a su puesto de combate!

Después, dirigiéndose a Ana que se había puesto pálida, aunque afectando una gran calma:

—Hija mía—le dijo con voz conmovida—, retírate a tu camarote, porque dentro de poco lloverán aquí las flechas y las piedras de los caníbales.

—Es que si tú afrontas la muerte, quiero yo también afrontarla a tu lado—respondió la joven—. No tengo miedo, padre, y tú sabes muy bien que sé manejar el fusil como tus mejores marineros.

—Lo sé; pero yo pelearía mal viéndote expuesta a los proyectiles de esos brutos.

Si necesitamos un fusil más, yo te prometo llamarte a cubierta.

La besó en la frente y la condujo al cuadro de popa, cerrando la puerta del camarote. Cuando volvió al puente, los salvajes se embarcaban en las canoas dando gritos de furor y agitando las armas.

Los marineros, dispuestos a lo largo de las dos bandas o apoyados en las cofas de los palos, o detrás de los parapetos dispuestos en el castillo de proa, esperaban intrépidos el ataque con el fusil en la mano y el cuchillo y el hacha a la cintura. Los mismos náufragos, a pesar de su extenuación y debilidad extremada, habían dejado las literas de la enfermería, prontos a combatir hasta la muerte.

—¡A nosotros, feroces antropófagos!— exclamó el capitán—. ¡Eh, Asthor, haz desplegar la bandera americana sobre el palo más alto, y tú, armero, manda conducir las espingardas y el cañón al castillo de proa!

¡Era tiempo! Las veinte grandes canoas,

tripuladas por doscientos guerreros armados de lanzas, arcos y hondas, habían abandonado la costa y se acercaban a todo correr a la «Nueva Georgia», que, encallada como estaba, no podía en modo alguno escapar al abordaje.

Los otros salvajes que habían permanecido en tierra por falta de sitio en las canoas, animaban a gritos a sus compañeros, chillando tan fuerte que el vocerío llegaba al cielo y hacía hervir la sangre de los de las canoas.

Estas, en medio del camino, se dividieron en dos columnas, para asaltar por ambos lados al barco, por babor y por estribor.

El capitán Hill, que aun ante aquel serio e inminente peligro conservaba una calma admirable y no perdía de vista las canoas, dividió en dos grupos a los defensores de la «Nueva Georgia», confiando el mando de uno de ellos a Asthor, viejo marinero que había peleado muchas veces contra los salvajes.

A trescientos metros, el armero disparó el cañón, haciendo caer sobre la horda asaltante una verdadera lluvia de metralla; pero aunque muchos caníbales cayeron al agua o al fondo de las canoas, éstas siguieron avanzando sin perder su velocidad.

—¡Ahora, valientes! Fuego a discreción!

Ante aquella orden veinte relámpagos brillaron en el puente de la nave encallada, seguidos de las agudas detonaciones de las dos espingardas, que lanzaban balas de media libra de peso.

Gritos indescriptibles de dolor y de rabia se alzaron entre los asaltantes. Quince o veinte de ellos cayeron al fondo de las embarcaciones, que fueron anegadas en sangre, y muchos otros cayeron al mar; pero las canoas siguieron acercándose.

En menos tiempo del que se tarda en decirlo, las veinte grandes canoas se encontraron bajo las bordas del buque, y aquellos diablos de color marrón o de bronce brillante se lanzaron al abordaje.

subiendo los unos por los hombros de los otros para ganar la amura, y agarrándose a todos los salientes, mientras llenaban el aire de clamores feroces y agitaban desesperadamente sus armas.

El capitán Hill, los náufragos, Asthor y los marineros luchaban con las fuerzas y la energía que da la desesperación: disparaban las pistolas y hacían uso de los cuchillos y las hachas de abordaje; se defendían a culatazos; hacían, en fin, heroicidades. Los salvajes caían con la cabeza abierta, los miembros rotos o el pecho abierto; pero en seguida otros les sustituían, aumentando cada vez más en número, pues si caían diez se ponían en su lugar veinte, cuarenta, cincuenta, subiendo como una legión de demonios por los flancos del buque y desafiando sin temor alguno la muerte, decididos a todo por recobrar a sus prisioneros y por entregarse con la tripulación a un banquete de carne humana.

El capitán Hill, a riesgo de matar a sus

propios marineros, había hecho volver el cañoncillo y las espingardas hacia el mar, con el fin de hacer mayores destrozos entre los asaltantes; Asthor había ya mandado romper las botellas y esparcir los vidrios por la cubierta; y, sin embargo, los caníbales subían a despecho de la metralla y corrían por encima de los vidrios sin hacer caso de las horribles heridas que se producían en los pies.

La lucha parecía ya perdida para los del buque, cuando en medio de los gritos de los antropófagos, casi vencedores, de las imprecaciones de los marineros y del retumbar de los tiros se oyó una voz gritar: — ¡Todo el mundo arriba, a la arboladura!... ¡Capitán Hill, atrancad bien el camarote de miss Ana!... ¡El buque está salvado!...

En seguida Bill, el que parecía peor de todos los náurragos, se lanzó por el puente, abrió la escotilla y miró a la bodega, en cuyo fondo, espantados por el ruido de la batalla, mugían furiosos los tigres.

CAPITULO XIII

EL DOMADOR DE TIGRES

La victoria de los caníbales era completa. Aquel ataque furioso e irresistible, sus lanzas, sus pesadas mazas, y sobre todo la superioridad de su número, veinte veces mayor al de los defensores, habían triunfado sobre el valor y las armas de fuego de los hombres blancos.

Los marineros, después de haber hecho prodigios de valor y de haber visto caer a seis de los suyos, se hallaron impotentes para contener la furiosa irrupción del enemigo. Así es que apenas fueron intimidados por la voz de Bill, se apresuraron a ponerse en salvo en lo alto de los palos, asiéndose al que les permitía más fácil defensa, en tanto que el capitán, después de ver el barco completamente asaltado por los caníbales y de rendirse el brazo dándoles hachazos y cuchilladas, se retiró a toda pri-

sa al camarote de miss Ana, cerrando y atrancando la puerta para impedir, o retardar al menos, la bajada de los antropófagos al cuadro de popa.

Los vencedores, reducidos a una tercera parte, pues gran número de ellos yacían muertos sobre lagunas de sangre o se retorcían por los agudos dolores de sus heridas, celebraron su triunfo con tres poderosos gritos, a los cuales respondieron con entusiasmo los guerreros que quedaron en la playa. Aquel era el anuncio de que el barco estaba en poder de los caníbales y de que el asado de carne humana no se haría esperar.

Sin embargo, dicho asado estaba aún lejos de sus manos, pues los marineros, salvados y en seguridad sobre las antenas, las cofas y las crucetas, tenían todavía sus armas y respondían a los gritos de triunfo con descargas frecuentes que no dejaban de producir bajas en el enemigo.

Los caníbales no se espantaban por tan poca cosa y se aprestaron al ataque de la

arboladura, intentando subir por las cuerdas y escalas; pero la partida no era igual, y debía costarles mucha sangre desalojar al enemigo de aquella posición. Todo hombre que trataba de subir, caía sobre el puente con una bala en el cuerpo, y al caer se rompía las piernas o se abría la cabeza.

Comprendiendo que no llegarían nunca hasta donde estaban los defensores, pues éstos poseían balas y pólvora, cambiaron de táctica y comenzaron a atacar los palos con las hachas halladas en el puente. Caídos los palos, caerían también los marineros. No era más que cuestión de pocos minutos: de un cuarto de hora a lo sumo. Ya los marineros se consideraban perdidos, cuando se oyó la voz de Bill que salía de las profundidades de la estiba:

—¡Sus!... ¡Sus!... ¡Tigre!—gritaba amenazador—. ¡Adelante, cordera mía!... ¡Arriba hay un buen banquete!...

Un instante después una tigre enorme, la más grande de las doce que había en las

jaulas, se lanzaba fuera de la escotilla, cayendo como un rayo destructor en medio de los salvajes.

Pareció a lo primero sorprendida de encontrarse en tan numerosa compañía; pero en seguida, avivados sus instintos por el olor de la sangre que bañaba la cubierta del buque y respondiendo a su tremenda ferocidad, se encogió como un gato y saltó sobre los indios lanzando un poderoso rugido. De dos zarpazos mató dos hombres y en seguida dió un salto de quince pies y cayó sobre otros dos.

Ante aquel animal tan feroz y fuerte los salvajes, que no lo habían visto jamás y que no sabían a qué raza pertenecía, fueron presa de un supersticioso terror, que aumentó más aún cuando se apercibieron de que destrozaba materialmente a cuantos hallaba ante su paso.

Aquello fué una fuga general. Locos por el terror se precipitaban al mar desde las amuras, desde el puente, desde el castillo de proa, cayendo en confuso montón so-



—¡Vete!— dijo Bill al animal, señalándole la boca de la escotilla. . .

Un Drama en el Océano. — Cap. XIII, tomo I.

UN DRAMA EN EL OCEANO

bre los que estaban en las canoas y abandonando las armas. Los remeros, presa también del pánico, bogaron a toda prisa y huyeron desesperadamente hacia la costa, sin detenerse siquiera para recoger a los que nadaban con el fin de alcanzar las canoas, y que al verlas huir daban gritos de rabia y de desesperación, imaginando que aquel monstruoso animal iba a lanzarse al agua para devorarlos.

En pocos minutos en el puente de la «Nueva Georgia» no quedó un salvaje vivo. La tigre se había encargado de despedazar hasta a los heridos, y a la sazón bebía deleitosamente la sangre y engullía trozos palpitantes de carne humana.

—¡Hurra, ¡hurra!—gritaron los marineros desde los penoles—. ¡Viva Bill!

Entonces se abrió la escotilla de proa que comunicaba con la cámara de los marineros y apareció el náufrago con un hacha en la mano. Viendo el puente desembarazado de enemigos, avanzó con intrepidez hacia la enorme tigre, que se ocu-

paba en triturar con sus potentes mandíbulas los miembros de los salvajes.

—¡ Bill! ¡ Bill!—gritaron los marineros—. ¡ Cuidado, que la tigre te va a destrozar!

—¡ Vete!—dijo Bill al animal, señalándole con un gesto enérgico la boca de la escotilla.

Lá tigre permaneció inmóvil mirándole con ojos de fuego. Cualquier otro hubiera huído apresuradamente ante aquella manifestación hostil, pero Bill siguió avanzando.

El extraño hombre parecía transfigurado. Sus facciones demostraban en aquel instante una energía suprema y una voluntad increíble y de sus ojos parecía brotar chispas.

Se paró a tres pasos de la tigre, que continuaba rugiendo, y señalándole otra vez la entrada de la escotilla, repitió con una voz que tenía una entonación particular:

—¡ Vete!

Entonces la tripulación, que desde las

vergas presenciaba con estupor aquella inesperada escena, vió a la terrible fiera dirigirse lentamente, con el lomo agachado y la cabeza baja, como si no pudiera resistir la fascinadora mirada de aquel hombre, hacia la escotilla y bajar a la estiba.

Bill siguió con el brazo siempre levantado, descendió al interior del buque detrás de la tigre, y poco después oyó el rechinar de los hierros de la jaula, donde había vuelto a encerrarla. En seguida volvió el náufrago al puente.

—Podéis bajar—dijo alzando la vista hacia la tripulación, todavía admirada—. La tigre está ya en su jaula.

Dirigiéndose a la escalera de popa, llamó al capitán Hill, que se decidió a subir a cubierta, acompañado de Ana.

—¿Y los salvajes?—preguntó con ansia el americano al ver el puente libre.

—Huyeron—respondió tranquilamente Bill.

—¿Les soltásteis los tigres?

—Bastó uno para poner en fuga a los antropófagos.

—Muchas gracias, Bill, por lo que habéis hecho. Sin vos estaría perdido mi buque a estas horas y todos seríamos prisioneros.

—Vos me salvásteis a mí y yo os he salvado—respondió el náufrago con voz sorda—. Ni nada os debo, ni nada me debéis: estamos en paz.

El capitán Hill le miró sorprendido.

—¿Por qué esas palabras, Bill?—le preguntó en tono de reconvención.

—Porque no me gusta ser deudor de nadie—contestó con acento marcado.

—Sois orgulloso, Bill.

El náufrago movió la cabeza y arrugó la frente.

—No—dijo—. Algún día sabréis la razón.

Giró sobre sus talones, después de dirigir a Ana una mirada de fuego, y se alejó con el semblante contraído y una irónica sonrisa en los labios.

—¡Qué hombre tan singular!—dijo la joven.

—No podré comprenderle nunca, Ana—añadió el capitán Hill—. Y, sin embargo, sus palabras me han producido una extraña impresión. ¡Bah! No pensemos en esto.

Hizo un ademán como para lanzar de sí un pensamiento triste, y salió al encuentro de los marineros que descendían de la arboladura.

—¿Cuántos hombres hemos perdido?—preguntó a Asthor.

—Seis, señor, y de los más valientes.

—¿Todos de los nuestros?—volvió a preguntar dando un suspiro.

—Todos, señor, por desgracia. Parece que la fortuna protege a los náufragos, porque esos ni siquiera han recibido una herida. A propósito, ¿qué os parecen esos hombres?

—Me parecen unos pobres diablos—respondió el capitán—. Pero...

—¿Sospecháis algo?

—He descubierto en sus puños y tobí-

los señales de haber estado sujetos y me han dado mucho que pensar, mi viejo Asthor. Podrán obedecer esas señales a las ligaduras de los indios; sin embargo...

—Comprendo—dijo el piloto, cuya frente se había nublado—. El señor Collin había notado las mismas señales en las muñecas de Bill. ¡Estaría bueno que se hubiera derramado tanta sangre por hombres de esa clase, reclusos en la siniestra isla que se llama de Norfolk!

—Tal vez nos engañemos, Asthor, y además...

Se interrumpió e hizo un gesto de sorpresa. Le habían venido a la imaginación las enigmáticas palabras pronunciadas poco antes por Bill.

—Tengo mis temores, Asthor—dijo.

—¿Qué teméis?

—Nada por ahora; pero vigilemos.

—Los observaré atentamente, capitán, y ¡ay de ellos si osan tramar algo! El viejo Asthor está todavía fuerte y es capaz de aplastar la cabeza al que sólo pretenda lo

UN DRAMA EN EL OCEANO

más insignificante contra vos o contra misa Ana.

—Está bién, mi querido lobo de mar. Ahora pensemos en los muertos.

Hizo retirar a Ana para que no asistiera a tan desagradable espectáculo, y los marineros, por orden del capitán, arrojaron al mar los cadáveres de los caníbales que cubrían la cubierta. La resaca, que se hacía sentir muy perceptiblemente, los arrojó a las playas de la isla, y entonces pudo verse a aquellos repulsivos devoradores de carne humana apoderarse ávidamente de los cuerpos de sus compañeros y conducirlos a los bosques, no para darles sepultura, sino para comérselos descansadamente, porque, como hemos dicho, aquella gente no hacía ascos a la carne de sus propios hermanos o hermanas cuando el hambre o la gula les impulsaba...

Por la noche fué izada la bandera americana en señal de duelo y después del oficio de difuntos recitado por el capitán y por toda la tripulación, fueron arrojados

al agua los cadáveres de los seis marineros, que cayeron durante la lucha, y a los que se envolvió en una gruesa hamaca a cada uno, con una pesada bala de hierro sujeta a los pies, para sustraerlos a la voracidad de los monstruosos habitantes del archipiélago figiano.

CAPÍTULO XIV

LA GRAN MAREA

Durante la noche no ocurrió nada de particular. Los isleños hicieron oír sin interrupción los roncós sonidos de sus conchas marinas, aunque sin abandonar la playa para intentar un nuevo ataque al buque.

Los marineros, que aguardaban a cada momento ese segundo ataque, no abandonaron un solo instante la cubierta, y para hacer comprender a los salvajes que vigilaban bien, dispararon varias veces el cañón y las espingardas, provocando con ello un nuevo vocerío de los enemigos,

acampados en la playa bajo los grandes árboles que la festoneaban.

Cuando despuntó el alba, el capitán, que no había cerrado los ojos en toda la noche, dispuesto a evitar un segundo asalto, vió que había aumentado el número de los enemigos. Sobre las playas había lo menos cinco o seis mil salvajes y a algunos se les veía llegar de las islas cercanas; pero ninguno de ellos se atrevía a acercarse a la «Nueva Georgia», que parecía infundir a toda aquella gente un supersticioso terror.

—¿Intentarán un nuevo asalto y esperarán a ser más para que les resulte más seguro?—preguntó el capitán a Mac-Bjorn, que observaba atentamente a los salvajes.

—No—respondió el hombre esqueleto—. Esos pillos han cobrado demasiado horror a nuestro tigre para que vuelvan a la carga. Sin embargo, creo que confían en la tempestad para podernos comer.

—¿Sí?

—Sí. Creen, sin duda, que nuestro bu-

que, preso como está en las escolleras, no podrá moverse y esperan que un temporal les ayude. También sospecho que temen que pueda desembarcar la tripulación y por eso se mantienen vigilantes, sin ganar los bosques del interior.

— Afortunadamente estaremos lejos cuando la tempestad que ellos esperan descargue en estos sitios. Estoy seguro de que la «Nueva Georgia» saldrá sin averías de este banco.

—También lo creo yo, señor, porque he observado el banco y he visto que no hay puntas rocosas y que el buque apoya sólo el asta de proa.

—Cierto, Mac-Bjorn. Y en el caso en que la gran marea no bastase para ponerla a flote, haremos echar dos anclas por popa y la tripulación trabajará bien.

—¿Y dónde nos conduciréis cuando estemos libres, señor?

—A Melbourne—respondió el capitán—. Es mi puerto de arribo.

—¡En Australia!—exclamó el náufra-

go, arrugando la frente y haciendo una mueca de desagrado.

—¿Os disgusta?—preguntó el capitán Hill, que había notado aquel gesto.

—No, señor—respondió vivamente Mac-Bjorn.

—Si os parece mejor podréis desembarcar en la isla de Norfolk, en la que me detendré algunas horas—dijo el capitán, mirándole fijamente.

Apenas oyó el nombre de esa isla sinistra, que sirve de prisión a los forzados ingleses, Mac-Bjorn se estremeció vivamente y de pálido que estaba se tornó lívido.

—¡No, no!—exclamó—. Aquella isla tiene una reputación demasiado mala, señor. Preferiría más bien desembarcar en una isla habitada por salvajes.

—Entonces vendréis a Melburne.

—A falta de otra cosa mejor, nos quedaremos en Australia. Allí encontraremos de seguro algún buque que nos lleve a nuestra patria.

—¿Hace mucho que no la veis?

—Seis años, señor—respondió el náufrago mientras una nube le pasaba por la frente.

—¿Y desearéis ardientemente volverla a ver? ¿Tenéis allí familia? ¿Esposa quizá?

Mac-Bjorn miró al capitán, que afectaba completa calma, y en sus ojos brilló un relámpago.

—¡Mi mujer!—exclamó con voz ronca—. ¡Ah, no señor! ¡Murió hace mucho tiempo!

—¡Pobre hombre!—murmuró el capitán con sutil ironía, pues al fin había comprendido con qué clase de individuo tenía que habérselas—. Andad a beber un buen trago de «gin», y perdonadme si involuntariamente he provocado un doloroso recuerdo.

Mac-Bjorn, que se había puesto sombrío y adquirido un aspecto salvaje, se alejó sin responder, caminando como un borracho.

—¡Truenos y relámpagos!—murmuró el capitán—. ¿Qué especie de náufragos he embarcado yo? Este hombre debe haber

asesinado a alguien, tal vez a su mujer. Ahora estoy convencido de tener a bordo, no seis desgraciados, sino seis presidarios fugados de la isla de Norfolk. ¡Oh! Pero, ¡ay de ellos si se atreven a intentar algo contra mí!

—¿Qué murmuras, padre mío?—le preguntó Ana, apareciendo en el puente.

—Nada, Ana—respondió el capitán esforzándose por sonreír—. Me desahogaba contra esos salvajes que nos atacaron y pueden hacerlo aún.

—Bill soltará otro tigre contra ellos, y volverá a ponerlos en fuga, si osan aparecer nuevamente a bordo de la «Nueva Georgia».

—¡Bill, Bill!—articuló el americano apretando los dientes...— Sí, soltará los tigres, Ana.

—¿Por qué lo dices con ese tono?—preguntó la joven—. Se diría que no es simpático ese pobre náufrago.

—Y quisiera que no hubiese puesto los pies en este buque.

—Pero ¿Por qué?

—¡Silencio, hija mía! Por ahora no puedo decirte nada.

—¿Y por qué, señor?—dijo una voz.

El capitán se volvió y se encontró ante Bill, que lo miraba con ojos llameantes, en tanto que cada vez se ponía más pálido.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó el americano arrugando la frente—. ¿Me estabas espiando?

—No, señor—respondió Bill, tratando de aparecer tranquilo—. Me dirigía hacia esta parte para observar mejor los movimientos de los salvajes y he oído involuntariamente vuestras palabras, que son bien amargas para mí. ¿Tenéis algún motivo de queja de este naufrago desde el día en que lo recogisteis moribundo del tempestuoso Océano?

—No, es cierto. Más bien he tenido que darte las gracias en dos ocasiones.

—¿Por qué entonces esas severas palabras?

—No puedo explicarme.

—¿Qué teméis? Si yo y mis compañeros os estorbamos en vuestra nave, nos podéis desembarcar en la primera isla que encontremos.

—Lo pensaré. Todo dependerá de vuestra conducta.

—Está bien, señor—dijo Bill resentido. Hizo un saludo a miss Ana y se alejó, dirigiéndose a popa; pero aquel hombre estaba lívido y sus dientes entrechocaban con fuerza, como si hubieran querido destrozar algo.

—Eres severo, padre mío—dijo Ana con tono de reconvención—. No sé por qué se te haya atravesado ese hombre.

—Más tarde lo sabrás. No aventuro ahora una opinión terrible.

Durante la noche dos veces tuvo la tripulación que subir al puente, alarmada, pues fueron vistas algunas canoas que se destacaban de la isla; pero huyeron al primer cañonazo.

Al día siguiente la situación era la misma.

—La «Nueva Georgia» seguía siempre encallada y los antropófagos acampados en la playa. Pero dentro de pocas horas debía tener fin aquella prisión, porque a mediodía alcanzaría la gran marea su máxima altura y pondría a flote el buque.

El capitán, que suspiraba por el momento de dejar aquellos funestos parajes, dió las órdenes necesarias a fin de que todo estuviera dispuesto para la hora de la gran marea.

Hizo aligerar la proa del buque, llevando a popa las anclas gruesas, las cadenas, las cajas del equipaje, los barriles de agua dulce, gran parte de los penoles de recambio y hasta las jaulas de los tigres, que ocupaban la parte anterior de la estiba. Hecho esto, mandó botar una de las lanchas y arrojó por popa dos anclas, cuyas cadenas estaban fijas al torno para operar una fuerte tracción; mandó además desplegar todas las velas para aprovechar el viento, que soplaba ligeramente de proa.

Terminadas aquellas diversas operacio-

nes, el capitán colocó a la mayor parte de sus hombres, entre ellos los náufragos, cerca del torno, al que se había colocado ya la manivela.

La marea, en tanto, continuaba subiendo. A las once había ya cubierto casi todo el banco y se oían crujidos bajo el asta de proa, señal evidente de que el velero tendía a levantarse. Media hora después había dos pies de agua sobre el banco.

Era el momento oportuno para intentar un primer esfuerzo.

—¡Cada cual a su puesto!—ordenó el capitán Hill—. La marea va a alcanzar su altura máxima.

La tripulación se inclinó sobre las aspas y dió vuelta al torno con sobrehumana energía. Las cadenas de las dos anclas arrojadas al banco se pusieron en tensión bruscamente, pero las puntas de hierro resbalaron.

—¡Esperemos!—dijo el capitán—. ¡Ahora, amigos!

Añadió luego:

—¡Un esfuerzo o nos eternizaremos en este banco!

Los marineros siguieron dando la vuelta al torno con una especie de furor, marcándose los músculos de sus brazos en tal forma, que parecía que iban a estallar.

Todos tenían las frentes empapadas en sudor, pues sabían que la propia salvación dependía de sus fuerzas.

La vida para ellos acabaría de desastroso modo si la nave no se ponía a flote, pues ninguno ignoraba que los salvajes esperaban cerca con los dientes afilados.

El buque crujía cada vez más al empuje de tantos vigorosos brazos, pero no acababa de ponerse a flote.

El capitán Hill, a pesar de su valor, se había puesto pálido y sentía que el corazón le saltaba en el pecho. Un vago temor comenzaba a invadirle, y dirigía sobre Ana miradas de desesperación.

—¡Un esfuerzo aún, muchachos!—exclamó con voz sofocada.

Asthor y los tres o cuatro hombres que

dirigían la maniobra acudieron en ayuda de sus compañeros. Aquel nuevo esfuerzo fué decisivo.

El buque osciló bruscamente y se deslizó sobre el banco; primero, despacio; después, con mayor rapidez, y últimamente, quedó balanceándose en el mar libre.

Un inmenso grito de alegría se escapó de la tripulación, al que hicieron eco otros de furor, seguidos de espantosas vociferaciones.

Los salvajes, al ver la nave dejar el banco, y comprendiendo que se les escapaba la presa, se lanzaron en confuso montón sobre las canoas y acudían de todas partes para dar un desesperado asalto.

—¡Alerta! ¡Los salvajes!—gritó As-
thor, que se había dirigido a popa.

—¡Demasiado tarde, mis queridos amigos!—exclamó el capitán Hill triunfante—.
¡Orza la barra y virar de a bordo!

Aquella maniobra fué ejecutada con fantástica rapidez, tanto era el terror que imponían los salvajes. La «Nueva Geor-

gia» giró en derredor de los escollos que formaban el banco y salió a plena mar con las velas desplegadas, dirigiéndose hacia el Oeste.

Las largas canoas de los figianos no se detuvieron por eso. Pasaron casi volando sobre el banco y continuaron la caza, maniobrando furiosamente con los remos; pero, como había dicho muy bien el capitán, era demasiado tarde.

El barco huía con la velocidad de una tromba marina, y en breve estuvo muy lejos de aquellos salvajes habitantes del archipiélago figiano, que perdieron toda esperanza de alcanzarle.

Cuando el capitán Hill no los vió ya, lanzó un suspiro de satisfacción.

—¿Vamos derechos a Australia, papá?— preguntó Ana.

—Derechos, sin detenernos en ninguna parte, porque no veo el momento de desembarazarme de dos cargas peligrosas.

—¿A cuáles te refieres?

—A los tigres y a los náufragos.

UN DRAMA EN EL OCEANO

—Tú la tomas siempre con esos infelices.

—Te he dicho que tengo mis motivos.

—Si te preocupan, ¿por qué no los dejas en cualquier isla?

—Si puedo, lo haré.

—¿No hay cerca alguna donde no puedan correr peligro?

—Ante nosotros tenemos el archipiélago de las Nuevas Hébridas, y más al Sudoeste la Nueva Caledonia; pero ambas están pobladas de salvajes peores que los figianos.

—¿Y no hay islas deshabitadas?

—Un tiempo fueron numerosas, pero después han ido siendo ocupadas poco a poco. La población humana crece constantemente, a pesar de las grandes bajas que producen las guerras y las epidemias, y llegará un día en que no haya sitio para todos en el mundo.

—¿Qué dices? Recuerda que hay continentes que tienen todavía espacios inmensos por habitar: Africa, Australia y las dos Américas.

—Es verdad; pero dentro de dos siglos

no habrá un solo territorio desierto. Los hombres de ciencia han estudiado varias veces este problema y han deducido que antes de mucho la población del globo no encontrará sitio suficiente y se verá obligada a diezmarse con continuas guerras o... ¡volviendo a la antropofagia!

—¡Es increíble!

—Y, sin embargo, es cierto, Ana, y voy a explicártelo mejor. Los sabios han notado que la superficie terrestre tiene veintiocho millones de millas cuadradas de tierras fértiles, catorce de estepas y cuatro de desiertos, y han calculado que el máximum de habitantes que esa superficie de tierra puede alimentar es de doscientas siete personas por milla cuadrada en los terrenos fértiles, diez en las estepas y uno en los desiertos. Resulta de esto que cuando la población del globo alcance la cifra de cinco mil novecientos noventa y cuatro millones, no habrá terreno disponible para alimentar mayor número de personas. ¿Te parece exacto el cálculo?

UN DRAMA EN EL OCEANO

—Y justo—respondió Ana, después de algunos minutos de reflexión—. Pero, ¿cuántos años transcurrirán antes de que la población sea tan numerosa?

—Por término medio, se cree que el número de habitantes aumenta en la tierra cada diez años en un ocho por ciento. Partiendo de este cálculo, los cinco mil novecientos noventa y cuatro millones de habitantes podrían vivir dentro de doscientos años. ¿Qué son dos siglos para la humanidad? Nada.

—¡Espantan esos cálculos.

—No diré lo contrario, y yo no desearía estar vivo dentro de doscientos o trescientos años. Además, el progreso científico e industrial habrá hallado el medio de hacer más fértiles las tierras; habrá encontrado el modo de que sean productivos los desiertos y las estepas; pero esto será no más que un paliativo. La población seguirá creciendo, la tierra no bastará a contenerla y nuestros nietos no tendrán otra alternativa que la de destruirse en guerras terribles

o la de comerse los unos a los otros, a menos que descubran el medio de llegar a la Luna o a cualquier otro planeta, cosa bastante difícil, a mi parecer. Por fortuna, nosotros no estaremos ya vivos y hará ya quién sabe cuantos años que dormiremos el sueño eterno, o en la profundidad de los abismos marinos, o bajo unos cuantos pies de tierra. Pero dejemos a un lado estas filosofías y vamos a comer, Ana, que tenemos necesidad de ello.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO I.—Asesinato misterioso.....	
» II.—El naufrago.....	21
» III.—La isla de Santa Cruz.....	38
» IV.—La frescura de Bill.....	55
» V.—Los antropófagos del Océano Pacífico.....	70
» VI.—El delito del naufrago.....	86
» VII.—Los escollos.....	98
» VIII.—Encallados en los arrecifes de Figii-Levú.....	115
» IX.—El archipiélago de Figii.....	132
» X.—Un rey sepultado vivo.....	148
» XI.—Los compañeros de Bill.....	161
» XII.—El asalto de los antropófagos..	174
» XIII.—El domador de tigres.....	189
» XIV.—La gran marea.....	200

Segue BIBLIOTECA CALLEJA (Serie popular).

NOVELAS DE CAPA Y ESPADA

Un público nunca disminuido prefiere a toda lectura la de estas narraciones en que la audacia y el valor personal exaltando los sentimientos de lealtad y honor triunfan en un medio de intriga y galantería. La evocación de brillantes épocas pasadas, la reconstitución de su vida, de sus pasiones, de sus prejuicios y de sus entusiasmos, hacen de los libros que forman esta sección cuadros animadísimo que unen a su ambiente romántico el atractivo de una trama compleja que suspende y deleita al lector.

FÉVAL

- El juramento de Lagardère.
- Aurora de Nevers.
- El castillo maldito.
- Los vampiros. — 2.^a parte de *El castillo maldito*.
- Los mercaderes de plata. — 3.^a parte de *id.*
- La casa de Geldberg. — 4.^a parte de *id.*
- Los tres hombres rojos. — 5.^a parte de *id.*
- El misterio de la Trinidad. — 6.^a parte de *id.*

FÉVAL

- Los bastardos de Bluthaup. — 7.^a parte de *id.*
- El barón de Rodach. — 8.^a parte de *id.*

FÉVAL (HIJO)

- Las cabalgadas de Lagardère (tres tomos) — 2.^a parte de *Aurora de Nevers*.
- Cocardase y Passepoil (tres tomos). — 3.^a parte de *id.*

NOVELAS DE AVENTURAS Y VIAJES

No se ha de ponderar el especial atractivo que tienen, sobre todo para la juventud, las novelas de aventuras y viajes. La curiosidad perpetuamente excitada por las tierras desconocidas y las civilizaciones lejanas, encuentra en esta clase de relatos, que son a la vez, en muchos casos, verdaderas lecciones de energía, materia abundante y satisfacción cumplida. Las novelas de Salgeri, por ejemplo, que ha llegado ha ser uno de los autores más populares en este género, abren toda clase de perspectivas exóticas a las imaginaciones juveniles, impulsándolas a comprobar con el serio estudio los fundamentos de veracidad de lo leído.

MAËL

- La mujer del Capitán.

READE

- Roberto y Arturo.

Sigue BIBLIOTECA CALLEJA (Serie popular).

SALGARI

Los pescadores de ballenas.
Invierno en el Polo Norte.
Soberana del Campo de Oro.
El rey de los cangrejos.
Los naufragos del *Liguria*.
Devastaciones de los piratas.
Sandokan.
La mujer del pirata.
Los estranguladores.
Los dos rivales.
Los tigres de la Malasia.
El rey del mar.
El capitán Tormenta.
El León de Damasco.
Los solitarios del Océano.
El estrecho de Torres.
La perla roja.
Los pescadores de perlas.
El corsario negro.
La venganza.
La reina de los caribes.
Honorata de Wan-Guld.
Yolanda.
Morgan.
La capitana del Yucatán.

ALGARI

Los horrores de las Filipinas.
Flor de las Perlas.
Los cazadores de cabezas.
Al Polo Norte.
Las panteras de Argel.
El filtro de los califas.
El hombre de fuego (dos tomos).
Los dramas de la esclavitud.
El continente misterioso.
Los horrores de la Siberia (dos tomos).
Un drama en el Océano Pacífico (id.).
El hijo del León de Damasco (id.).
Dos abordajes (id.).
Los naufragos del *Spitsberg*.
Al Polo Austral en velocípedo (dos tomos).
La costa de marfil (id.).
Los mineros de Alaska (tres tomos).
Los pescadores de *trípang* (dos tomos).
El buque maldito (dos tomos).

NOVELAS HISTÓRICAS

De abolengo ilustre en la literatura de todos los pueblos la novela histórica, a diferencia de la de capa y espada, se propone prender una acción novelesca, a menudo muy sencilla, en una reconstitución escrupulosa de épocas pasadas. Tanto historia como novela, en ella cabe la exaltación del sentimiento patriótico, la penetración psicológica que hace revivir figuras que han sido grandes en la historia del mundo o la severidad de rigor científico con que el arqueólogo traza de nuevo el retrato vivo de algo que ya pasó. Son novelas en que todos, aun los aficionados a más graves lecturas, pueden encontrar provecho y solaz.

Sigue BIBLIOTECA CALLEJA (Serie popular).

CIURANA

Una penitencia.

CONAN DOYLE

La sombra grandiosa.

GAUTIER

La novela de la momia.

MANZONI

Los novios (dos tomos).

NAVARRO VILLOSLADA

Dofia Blanca da Navarra
(tres tomos).

PONSON DU TERRAIL

El capitán Coquelicot.

SALGARI

La hija de los Farzones.
El sacerdote de Phtah.

WALTER SCOTT

Quintín Durward.
Guy Mannering.
Enrique Beltrán de Ellan-
gowan.

NOVELAS POLICÍACAS

El espíritu de análisis y la penetración psicológica que los novelistas de nuestros días han concretado en excepcionales figuras de policías, llevándoles a desenredar las más complicadas madejas y a penetrar los más escondidos misterios por unos leves indicios, ha creado una rama especial de literatura que ha tenido, en el teatro y en la novela, éxitos muy sonados. Gaboriau, Conan Doyle, son autores que pueden considerarse ya como los clásicos del género. Sus libros, con los demás cuyos títulos aparecen a continuación, se cuentan entre los más sugestivos y amenos de esta categoría.

BELOT

El parricida.
Lubín y Dacolard.

BUSNACH

Yerros policíacos.

CONAN DOYLE

Rodney Stone.
Estudio en rojo.

CHAVETTE

La bella Alletto.

GABORIAU

El legajo núm. 113.
El hijo falso.

JACOLLIOT

El crimen del molino de
Usor.

MONTEIL

Juan de las Cadenas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID



540600682X

LA LITERATURA ESPAÑOLA

RESUMEN DE HISTORIA CRÍTICA

POR

ANGEL SALCEDO RUIZ

*De la Real Academia de Ciencias Morales
y Políticas*

CUATRO TOMOS

En 4.º mayor, de unas 500 páginas cada uno

- I.—LA EDAD MEDIA III.—EL CLASICISMO
II.—EL SIGLO DE ORO IV.—NUESTROS DÍAS

DOS EDICIONES

EN RÚSTICA

Con cubierta de papel lanilla estampada en colores

EN HOLANDESA

Con tomos de piel, cantoneros de tela inglesa y estampación en oro

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A.

Casa Fundada el año 1876

MADRID

CALLE DE VALENCIA, 28

